



UNIVERSIDAD DE LAS ARTES

Escuela de Literatura

Producto Artístico

El Edén de los cuerpos:

relatos sobre la profanación, la flagelación del cuerpo

y el erotismo mórbido

Previo la obtención del Título de:

Licenciada en Literatura

Autora:

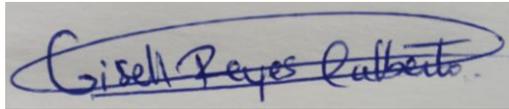
Gisell Reyes Calberto

GUAYAQUIL - ECUADOR

Año: 2022

Declaración de autoría y cesión de derechos de publicación del trabajo de titulación

Yo, Gisell Betzabeth Reyes Calberto, declaro que el desarrollo de la presente obra es de mi exclusiva autoría y que ha sido elaborada para la obtención de la Licenciatura en Literatura. Declaro además conocer que el Reglamento de Titulación de Grado de la Universidad de las Artes en su artículo 34 menciona como falta muy grave el plagio total o parcial de obras intelectuales y que su sanción se realizará acorde al Código de Ética de la Universidad de las Artes. De acuerdo al art. 114 del Código Orgánico de la Economía Social de los Conocimientos, Creatividad E Innovación* cedo a la Universidad de las Artes los derechos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, para que la universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando su uso sea con fines académicos.

A handwritten signature in blue ink that reads "Gisell Reyes Calberto". The signature is written in a cursive style and is enclosed within a faint, light blue oval outline.

Firma del estudiante

***CÓDIGO ORGÁNICO DE LA ECONOMÍA SOCIAL DE LOS CONOCIMIENTOS, CREATIVIDAD E INNOVACIÓN (Registro Oficial n. 899 - Dic./2016) Artículo 114.-** De los titulares de derechos de obras creadas en las instituciones de educación superior y centros educativos.- En el caso de las obras creadas en centros educativos, universidades, escuelas politécnicas, institutos superiores técnicos, tecnológicos, pedagógicos, de artes y los conservatorios superiores, e institutos públicos de investigación como resultado de su actividad académica o de investigación tales como trabajos de titulación, proyectos de investigación o innovación, artículos académicos, u otros análogos, sin perjuicio de que pueda existir relación de dependencia, la titularidad de los derechos patrimoniales corresponderá a los autores. Sin embargo, el establecimiento tendrá una licencia gratuita, intransferible y no exclusiva para el uso no comercial de la obra con fines académicos.

MIEMBROS DEL COMITÉ DE DEFENSA

Solange Rodríguez Pappé
Tutora del proyecto de creación artística

Siomara España
Miembro del comité de defensa

Maritza Cino
Miembro del comité de defensa

Agradecimientos:

Gracias infinitas a Karen, por los años de amistad, su compañía, consejos y pacencia durante este período tumultuoso. A Alina, por ayudarme un poquito a conocerme y a salir de mi zona de confort; también a su mamá, por brindarme cariño maternal. Y a Alejandro, gracias por la eterna paciencia, por ser un espacio para siempre llorar.

Mi gratitud, también, para mi tutora Solange Rodríguez por sus lecturas y recomendaciones que han sido claves para este Edén.

A mis abuelos, a mi hermano.

Y a mi hermana, por todo.

Dedicatoria

A mi madre, quien me alimentó de arte toda mi niñez; y que, con su ausencia, ayudó a que me convierta en quien soy.

A mi padre: una estrella fugaz llena de incertidumbres.

A mis niños: Voldy, Brownie y Ava.

A todos los que han sufrido y han luchado.

A Gis de cuatro años, que sobrevivió y siguió soñando.

Resumen

El Edén de los cuerpos es un proyecto de creación artística que consiste en la construcción de relatos enmarcados dentro del género erótico. Este libro configura un universo donde se plantean nuevas formas de vivir la sexualidad erótica, en las cuales se exploran el despertar sexual, lo profano, la transgresión, entre otros temas, basando sus construcciones narrativas, principalmente, en las concepciones teóricas de Michael Foucault, Sigmund Freud y George Bataille; los agentes alrededor de los cuales las tramas se desarrollan son personajes llenos de cotidianidad que nos permiten acercarnos a sus intimidades sexuales. Escribir este Edén tiene como finalidad adscribirse al pequeño engranaje existente de narrativa erótica en la literatura ecuatoriana, a la par de fungir como respuesta a voces contemporáneas disidentes que nos permiten repensar el erotismo más allá de la frontera del placer.

Palabras claves: erotismo, Edén, transgresión, sexualidad, cuerpos.

Abstract

The Eden of bodies is an artistic creation project that consists of the construction of stories framed within the erotic genre. This book configures a universe where new ways of living erotic sexuality are proposed, in which sexual awakening, the profane, transgression, among other topics, are explored, basing its narrative constructions, mainly, on the theoretical conceptions of Michael Foucault, Sigmund Freud and George Bataille; the agents around whom the plots develop are characters full of everyday life that allow us to get closer to their sexual intimacies. Writing this Eden aims to ascribe to the small existing gear of erotic narrative in Ecuadorian literature, while serving as a response to contemporary dissident voices that allow us to rethink eroticism beyond the border of pleasure.

Keywords: eroticism, Eden, transgression, sexuality, bodies.

ÍNDICE GENERAL

Portada.....	1
Preliminares.....	3
1. Texto de sustentación: Anatomía sobre el erotismo.....	10
2. El capítulo no contado del Génesis.....	26
3. Madre mía.....	30
4. Piel primerizas.....	33
5. La ganadora.....	42
6. Desechos.....	50
7. Comunión dominical.....	53
8. El festín de Freud.....	61
9. Juegos infantiles.....	69

El Edén de los cuerpos

Texto de sustentación

Introducción

Anatomía sobre el erotismo

Volver sobre el erotismo y escribir un conjunto de relatos eróticos donde las limitaciones para vivir el cuerpo y la sexualidad no existen, son el hilo conductor que compone este proyecto artístico titulado *El Edén de los cuerpos*, el cual pretende ser una colección de cuentos que se aproximan a temas como lo profano, la flagelación y la transgresión, y se lo explora dentro de los diferentes espectros de la sexualidad que, de manera íntima, nos constituyen sexualmente.

El interés que me impulsa a trabajar dentro de esta temática para mi proyecto, es contribuir a la limitada línea de narrativa ecuatoriana correspondiente a lo erótico, puesto que el tema del erotismo figura una necesidad que reside en la falta de producciones literarias de este género en nuestras letras ecuatorianas, ya que he detectado que, dentro del campo literario ecuatoriano, por ejemplo, la producción concerniente al género erótico se ha visto dedicada a la rama de la poesía, y en especial a las voces femeninas que tuvieron su auge en los años ochenta.

Como antecedentes de obras de esta temática, tenemos libros que han tenido su punto en común en el cuerpo sexuado, el cual se ha convertido en un tema más recurrente y que se enfocan en cuerpos disidentes, reales, jóvenes, adultos, incluso infantes, como ocurre con *El deseo que lleva tu nombre* (1991) de Carlos Carrión, *Pubis equinoccial* (2013) de Raúl Vallejo, *Nefando* (2016) de Mónica Ojeda, *Sanguínea* (2019) de Gabriela Ponce, entre otros. Se cuentan historias que ocurren y que cuestionan de forma implícita lo inmoral, lo indecible y la transgresión; lo cual me ha servido como una guía e inspiración para la creación de mis relatos.

En este sentido, *El Edén de los cuerpos*, no se aleja mucho a la línea que ya ha sido trazada por algunos escritores ecuatorianos, pero también propone líneas mucho más específicas e irreverentes de abordar el erotismo. Me propongo aportar al aparato creativo existente sobre la sexualidad erótica, desde la perspectiva de este Edén, en el cual la perversión, la flagelación y lo profano, resultan un horror sublime.

Para entender la necesidad de lo erótico, es menester tener en cuenta que lo erótico no es ajeno al ser humano, en el sentido de que el erotismo es una característica humana, es lo que excita el placer sexual; el concepto refiere a las conductas y actitudes manifiestas que

incitan a la interacción y a la actividad sexual, como: caricias, besos, abrazos, estimulación oral, masturbación, entre otras, que conducen generalmente al sexo y/o directamente a la sensación de la misma. Pero para entenderlo a mayor profundidad, de entre tantas teorías planteadas sobre el tema —como la de Simone De Beauvoir, Pierre Bourdieu, Gayle Rubin o Herbert Marcuse—, mencionaré brevemente tres.

En primera instancia, se puede pensar en una historiografía del erotismo a partir de la teoría que Michael Foucault expone en su texto *Historia de la sexualidad* (1976), en el cual se propone abordar la sexualidad como una experiencia histórica, singular, que bajo una mirada microscópica, pasa por los poderes religiosos, políticos y sociales, que ejercieron su control sobre esta práctica, y que a su vez, permite comprender las formas en las que los sujetos se reconocen y se declaran como seres sexuales.

Aun a comienzos del siglo XVII las prácticas no buscaban el secreto; las palabras se decían sin excesiva reticencia, y las cosas sin demasiado disfraz; se tenía una tolerante familiaridad con lo ilícito. Los códigos de lo grosero, de lo obsceno y de lo indecente, si se los compara con los del siglo XIX, eran muy laxos. Gestos directos, discursos sinvergüenzas, transgresiones visibles, anatomías exhibidas fácilmente entremezcladas, niños desvergonzados vagabundeando sin molestia ni escandalo entre las risas de los adultos: los cuerpos se pavoneaban¹.

Y todo este contexto cambia con la burguesía victoriana y el confinamiento de las prácticas sexuales a la institución matrimonial y sus fines reproductivos; y todo aquello que se salía de estos parámetros establecidos por moral y las buenas costumbres, empezó a ser *lo de afuera*, lo que no pertenecía, lo que era del “bajo mundo”, era impensable e impronunciable. Se creó un tabú alrededor de la sexualidad.

El autor analiza el discurso sobre la sexualidad humana teniendo en cuenta las instancias de producción discursiva de la sexualidad —que incluye los silencios—, de producción de poder —cuya función a veces es prohibir— y de las producciones de saber, que a menudo hacen circular errores o ignorancias sistemáticos. No se trata de la verdad del sexo o de su

¹Michael Foucault. *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*. Siglo Veintiuno Editores. Argentina- Buenos Aires, 2014. Nosotros los Victorianos, pág. 9.

ocultamiento, sino de analizar la voluntad de saber y los juegos de poder en torno a él. De esta manera, Foucault aborda la historia de la sexualidad desde una historia de los discursos².

Y entre algunos de esos discursos, la psicosexualidad³ se hace presente como un tema que no ha sido absoluto ni constante dentro de los estudios de la *ars erótica* foucaultniana, y que en el presente trabajo se lo abordará de la perspectiva freudiana, ya que ha servido para la construcción creativa de los personajes del cuentario, así como tema central para parodiar en uno de los mismos. En este sentido, la teoría de la psicosexualidad de Freud está dividida en cinco etapas, que son: oral, anal, fálica, complejo de Edipo y Electra, latencia y genital. Durante cada una de estas etapas, el individuo experimenta una relación directa con su cuerpo y su desarrollo sexual de manera inconsciente, ya que, según esta teoría, el proceso es intrínseco al crecimiento, desde que se es un infante hasta el periodo final de la adolescencia.

Esta teoría freudiana es base en la que se apoya la construcción de los personajes del Edén, por ejemplo: el joven de “Madre mía” ha pasado su infancia y adolescencia atormentando a su madre, deseando, anhelando sus gritos, nalgadas, castigos. Este personaje se podría considerar como el más psicosexualmente complejo, que muestra su desarrollo sexual *desviado* desde que es un lactante.

Según el psicoanálisis freudiano el principio del placer es lo que rige el deseo sexual, el cual es feroz, salvaje e imperioso, es una calentura enérgica que recorre el cuerpo de la persona por completo, pero que se reúne en zonas específicas: en las erógenas. Aquí, es necesario resaltar que ese deseo se enfrenta a los “preceptos del tabú”, esos de los que ya Foucault nos venía advirtiendo: lo que está bien o mal, lo que se puede y se debe hacer, lo que no se puede y se debe hacer, los preceptos de la conciencia moral y las buenas costumbres.

En este sentido, en la idea del “pecado” para los creyentes se halla el miedo al castigo si han cometido un acto que se considera “malo”, y a la vez implica una actitud de vigilancia frente a la mera intención de realizarlo. Este sentimiento de culpa trasciende la psicología

² María Laura Schaufler. *Erotismo y sexualidad: Eros o ars erótica. Foucault frente a Marcuse y Freud*. De Prácticas y discursos/ Universidad Nacional del Nordeste/ Centro de Estudios Sociales, 2013. Pág. 10.

³ El término “psicosexualidad” nace de la teoría psicoanalítica y tiene relación a las pulsiones sexuales del ser humano, en las cuales se cree que todo individuo, desde su nacimiento, tiene una energía sexual. Se refiere a la maduración biológica del cuerpo, así como los aprendizajes adquiridos entorno al cuerpo y la sexualidad.

individual. Freud nos habla de un “super-yo cultural”, con sus normas, que “a entera semejanza del individual establece rígidos ideales cuya violación es castigada con la “angustia de conciencia⁴”.

Lo cual se verá presente en algunos de los relatos, como “Madre mía” o “Desechos”: la angustia de lo que conlleva retener sus impulsos y vivir su vida sexual; así mismo en “Juegos infantiles”, donde se intenta escapar del impulso incestuoso, o en “El capítulo no contado del Genesis” y “Piel primerizas”, donde el principio del placer es una pulsión constante en la creación de los personajes.

Por otro lado, George Bataille, nos habla de un erotismo que, en cualquiera de sus formas, permite que el hombre se ponga en cuestión, entabla una relación entre el erotismo y la vida, que se da cuando acontece un momento erótico, pues según Bataille el erotismo es afirmación de la vida que pasa por la muerte. En el erotismo acontece la continuidad de la vida de forma exuberante, por lo cual el hombre a partir de una necesidad de participar de tal continuidad, hace de esta experiencia el puente para comunicarse con la vida que se desborda en una terrible violencia.

Y en cuanto al erotismo en relación con la transgresión, Bataille dice que la transgresión no consiste en el desconocimiento de la norma o en la insensibilidad la misma, sino, al contrario, en una firme observancia del orden social, que requiere, a modo de oxigenación, de excepciones. La transgresión pone en juego el placer de la libertad, pero también la angustia de la culpa —como se lo menciona en las concepciones freudianas—. Según George Bataille, la transgresión se puede entender como un juego en el cual existe una profunda complicidad entre la ley y su violación. Una no existe sin la otra.

Cada uno de estos preceptos presentados aquí apunta a diferentes cuestionamientos sobre la sexualidad, por ejemplo, la propuesta sobre el necroerotismo que está entrelazada con el erotismo de Bataille, que en algunos casos deviene en violencia —como la violencia sexual presente al final de “Desechos”—, y la transgresión ligada a la atracción sexual por cuerpos muertos; o visto históricamente desde los poderes, por Foucault, en el Edén se presenta un poder que en lugar de regular y restringir la vivencia sexual, la incita y la promueve con ahínco. Este proyecto creativo está fuertemente influenciado por una mezcla de las voces de estos teóricos; Bataille, Foucault, Freud, con cada una de sus concepciones, son un entramado latente que

⁴ Freud. *El malestar en la cultura*. Pág. 131.

alimentan las historias y sus personajes, la manera en que están contruidos, sus deseos e impulsos sexuales, e incluso los juicios que emiten y omiten sobre ellos mismos.

La pulsión latente de la narrativa erótica en Latinoamérica

Acercándonos al territorio familiar, el panorama del erotismo a las letras latinoamericanas, Mónica Ojeda en el ensayo *Pornoerótica latino-americana: subversión en la narrativa de mujeres*, hace un mapeo de la trayectoria de este género, partiendo de las producciones escritas desde 1816 hasta 1940, aproximadamente.

“... en las cuales se cuestiona sobre la civilización y barbarie, y se traza una línea que pasa por el realismo social y el indigenismo como movimientos en los cuales hay una búsqueda de la identidad latinoamericana, de modo que la narrativa latinoamericana tuvo otro tipo de preocupaciones esenciales que hicieron que el erotismo, aunque incluido dentro de obras cuya temática no se circunscribía a la exploración de dicha categoría, quedara relegado a un segundo plano. Si bien en poesía la irrupción de lo erótico puede ser rastreada desde mucho antes, en narrativa solo se piensa el cuerpo, su lugar en el mundo y sus representaciones, como centro temático, en el siglo XX⁵”.

Según Ojeda, se podría pensar en las voces femeninas latinoamericanas se sumergieron en la temática erótica como una forma de exponer a la mujer como sujeto de deseo, dentro de un contexto en el cual los movimientos feministas empezaban a replantear y perpetuar a la mujer como un ser social, lo que implicaba pensarlo, asimismo, como un ser sexual; algunas de esas voces fueron poetisas como Delmira Agustini, Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Alejandra Pizarnik, Gabriela Mistral, Lydia Dávila, Dolores Veintimilla, entre otras. Diane E. Marting, profesora de Literatura en español en la Universidad de Missisipi, en su ensayo *Dangerous (to) Women: Sexual Fiction in Spanish América*, recogido en la antología de Sara Castro-Klaren *Latin American Women's Narrative* (2003), escribe que hasta 1960 las escritoras latinoamericanas no intentaban tratar el tema del deseo desde una perspectiva femenina.

En los sesenta, la ola de publicaciones de obras que entrañaban el sexo, la sensualidad y el erotismo, convergió con un período de dictaduras a lo largo del Conosur, lo que produjo que muchas de esas escritoras se vean exiliadas de sus países a raíz de la temática de sus obras. Por

⁵ Mónica Ojeda Franco. *Pornoerótica latino-americana: subversión en la narrativa de mujeres en el exilio*. Anales de Literatura Hispanoamericana 2014, vol. 42, Núm. Especial 57-69. Pág., 58.

ejemplo, Reina Roffe y Susana Constante, ambas escritoras argentinas, se exiliaron en 1976 por las publicaciones de *Monte de Venus* y *La educación sentimental de la señorita Sonia*, respectivamente. Y en la década posterior a esto, se dio otro auge de publicación de obras, novelas y cuentos eróticos por parte de escritoras que estaban interesadas en quebrar la noción de lo femenino desde la reescritura del cuerpo. “A causa de esta inclinación literaria varias autoras publicaron en los años ochenta ensayos que hablaban del eros y de la escritura, por ejemplo: *Sitio a Eros* (1980), de Rosario Ferré, *Las escritoras y el tema del sexo* (1989), de Tununa Mercado, *Algunas consideraciones sobre la mujer y la literatura* (1985), de Griselda Gambaro, etc. Y también obras narrativas como *Bloyd* (1984), de Liliana Heer, *Los amores de Laurita* (1984), de Ana María Shua, *En breve cárcel* (1981), de Silvia Molloy, *La nave de los locos* (1984), de Cristina Peri Rossi, *Lo impenetrable* (1984), de Griselda Gambaro, *Amatista* (1989), de Alicia Steimberg y *Canon de alcoba* (1989), de Tununa Mercado⁶”.

Ante todo este panorama de creación sobre erotismo, Octavio Paz en 1993, publica su ensayo *La llama doble*, el cual se podría considerar como un aporte teórico a la construcción esquelética de este género, desde una voz latinoamericana que aborda el tema despojado de los matices de perversión o transgresión como lo plantea Bataille, sino más bien lo hace con una delicadeza que abre las puertas a la mirada con la cual Paz concibe el erotismo, el amor, la poesía. Se hace un recorrido en la historia de Oriente y Occidente sobre las diferentes nociones del amor, según las propias palabras de Paz: “me enamoré. Entonces decidí escribir un pequeño libro sobre el amor⁷”. Sobre el tema, dice que “el erotismo —ligado al amor y asociado a la belleza— ha sido considerado tema tabú, pues, tanto el amor como el erotismo —llama doble— se alimentan del fuego original: la sexualidad⁸”. Tal vez por esto, algunos escritores han hecho hincapié en lo erótico, no sólo para evidenciar que la sexualidad es una realidad más del ser humano, tan vital y necesaria como cualquier otra, sino como forma de protesta que atenta contra las convenciones sociales y, por tanto, grito liberador que trata de derribar las murallas que siglos de represión han levantado en torno a Eros.

Y con este breve recorrido a nivel latinoamericano, nos adentramos al sector ecuatoriano, preguntándonos: ¿qué sucede con el erotismo ecuatoriano?, ¿existe?, y en el caso de que así sea,

⁶ Ojeda. *Pornoerótica latino-americana...*, Pág., 60.

⁷ Octavio Paz. *La llama doble*. Seix Barrial. España, 1993. Pág., 7.

⁸ Paz. *La llama doble*. Pág., 10.

¿es terreno sólo de las mujeres y la poesía? Pero, sin más cuestionamientos al respecto, —como ya enunciamos antes— es fácil decir que sí, que parece ser terreno sólo de lírica femenina, ya que no se aleja mucho al contexto continental en el auge de publicaciones ochenteras, con voces como las de Margarita Lazo, Sonia Manzano, Sheyla Mosquera, entre muchas otras, en el campo de la poesía; pero la realidad es que de igual manera, hay una considerable carga de obras de narrativa que conciernen a lo erótico, a pesar de no entrar por completo en el área y esto se debe a que, según Omar Ospina:

“el erotismo en América —y concretamente en el mundo andino—, acabaría convirtiéndose en una sumisión impuesta por la historia, en un relato interminable de terratenientes “desgraciando la virginidad” de indias y cholos y sembrando los pueblos de “huairapamushcas”. La sumisión era la única garantía de sobrevivencia en las sociedades retratadas en la literatura rural ecuatoriana⁹”.

En la generación del 30, con obras como *Los que se van* (1930), *Huasipungo* o *Baldomera* (1938), los elementos y símbolos que responden a lo sexual, se mantienen distantes de la trama de la historia, pero no son ajenos a las vivencias brutales de los personajes femeninos, y de la misma manera se las puede entender como obras con tintes eróticos por lo salvaje de las descripciones y las mujeres indomables. Por ejemplo, la escena sexual de Andrés Chiliquinga y la Cunshi:

Después de sacudirla y estropearla, Andrés Chiliquinga, respirando con fatiga de poseso, arrastró a su víctima hasta el interior de la choza. Y tirados en el suelo de tierra apisonada, ella, suave y temblorosa por los últimos golpes —cuerpo que se queja y que palpita levemente de enternecido resentimiento—, él, embrujado de cólera y de machismo —músculos en potencia, ronquido de criminales ansias—, se unieron, creando en su fugaz placer contornos de voluptuosidad que lindaba con las crispadas formas de la venganza, de la desesperación, de la agonía.

—Ay... Ay... Ay...

—Longuita.

⁹ Omar Ospina. *Ars Erotica el erotismo en el arte y la literatura del Ecuador*. Ecuador: Dinediciones S.A, 1997. Pág. 28

En nudo de ternura salvaje rodaron hasta muy cerca del fogón. Y sintiéndose —como de costumbre en esos momentos— amparados el uno en el otro, lejos —narcotizante olvido— de cuanta injusticia, de cuanta humillación y cuanto sacrificio quedaba más allá de la choza, se durmieron al abrigo de sus propios cuerpos, del poncho empapado de páramo, de la furia de los piojos¹⁰.

Si bien este episodio no resulta placentero de leer para el lector, sí mantiene un ligero resplandor de erotismo que es fácilmente ignorado por las descripciones cargadas de una agresividad que se perpetúa en el acto sexual, y alejada de los discursos de géneros, sitúa a la mujer en una cotidianidad que se hizo muy común en la narrativa de la época.

Y, mientras el entendimiento del erotismo dentro de esos escenarios se cocinaba lentamente, a su vez se iba creando, dentro del imaginario colectivo, las configuraciones de la *femme fatale*¹¹, dentro de la literatura del realismo social ecuatoriano, lo cual encasilló, principalmente a *La Tigra* (1940) y *La emancipada* (1863), como mujeres libertinas, y primariamente sexuales. En el primer caso se usa a la Tigra con la intención de evaluar el discurso reivindicativo de la sexualidad de la mujer, mientras que, en el segundo caso, Rosaura se usa como un ejemplo de castigo social, por autoemanciparse del poder patriarcal y no sólo vivir su vida sexual, sino de propiciar el espacio para que otras mujeres sigan sus pasos. Aquí también se puede adscribir a *La salvaje* (1930), esa mujer monstruo que se “come” a los hombres: los devora sexualmente para luego aniquilarlos.

A estas mujeres no sólo se las concibe como *femmes fatale*, sino también como *mujer monstruo*, quienes son las protagonistas de sus propias historias y —paradójicamente— son las antagonistas, “construidas bajo el concepto de los monstruos seductores pero peligrosos; la belleza como peligro para el protagonista masculino. La monstruo mujer como una estrategia y un discurso construido para condenarle por su sexualidad y el habitar su cuerpo¹²”.

¹⁰ Jorge Icaza, *Huasipungo* (Bogotá: Editorial La Montaña Mágica, 1986). Pág., 19-20.

¹¹ Aquí también se podrían insertar *La Linares* (1993) de Iván Égüez, y Manflor (“Al subir el aguaje”, 1930) de Joaquín Gallegos Lara, como ejemplos que refieren al aura dentro del espectro sexual de los personajes. En el primero se habla fuertemente de la belleza inmensurable del personaje, mientras que en el segundo es sobre las “desviaciones” de la sexualidad, sobre el lesbianismo de Manflor.

¹² Jaime G. Rueda. *El horror y la mujer: su monstruosa sexualidad*. Galería 7C. febrero 28, 2022- agosto 09, 2022. Acceso <http://galeria7cs.uaslp.mx/blog/index.php/2022/02/28/el-horror-y-la-mujer-su-monstruosa-sexualidad/>

En este sentido, podemos notar que el erotismo plasmado en la literatura ecuatoriana no recae en el uso intencional y explícito del mismo como tal, sino más bien de las funciones naturales de los escenarios, los personajes y sus historias, así como —y en gran medida— de los diferentes puntos de vista con el cual se leen actualmente estas historias. Por ejemplo, *La emancipada*, en un contexto no erótico, resulta una obra adelantada a su época que tiene su primera estampa de mujer feminista. Lo mismo sucede con *Chumbote* (1931), personaje de José De la Cuadra que no deja de masturbarse y encuentra el vengarse de su patrona a través del autoplacer acompañado del exhibicionismo, que siguen siendo formas de vivir la vida sexual y entran el espectro de lo erótico.

En los años cuarenta, debido a la influencia de las vanguardias, los escritores, como Pablo Palacio, empiezan a adentrarse en la experimentación desligada de las temáticas que se venían dando con la generación del 30.

Es así que, en 1947, Palacio presenta su gran obra *Un hombre muerto a puntapiés*, en la cual Darío Jiménez, en su tesis *Erotismo y transgresión: La narrativa vanguardista de Pablo Palacio*, propone revisar algunos planteamientos transgresores en la narrativa palaciana, “desde una lectura del deseo truncado presente como una especie de sombra textual en la obra palaciana. La intención es descubrir cómo estos elementos interactúan entre sí, pues parecen reflejar un constante diálogo con las prohibiciones del entorno, con la subalternidad implícita en la obra marginal del escritor y con su singular modo de abordaje: a través de una propuesta literaria que vuelve a considerar categorías tan complejas y amplias como el deseo, el placer, lo erótico, el sexo y el cuerpo¹³”.

Pero no es hasta recién entrando a los años ochenta, que la temática del erotismo ya se establece de manera intencional dentro de la narrativa ecuatoriana, donde el tema de la sexualidad y erotismo empieza a diversificarse, con obras como “Angelote, amor mío” (*Ciudad lejana*, 1982) de Javier Vásconez, que, si bien se adentra en el terrero del pornoerotismo, usa un lenguaje explícito, tan rico en descripciones y escenas que nos arrastran al dolor de esa pérdida del amor sexual, romántico y erótico, *La casa del sano deseo* (1989) de Alicia Yáñez, *El deseo que lleva tu nombre* (1991) de Jorge Carrión, una especie de versión ecuatoriana de *Lolita*, que se adentra en la pedofilia, con una narrativa exótica y sensual, *Las alcobas negras* (1995) de Eugenia Viteri; y en obras más contemporáneas están: *La monja de mi parroquia* (2005) de Jorge Queirolo Bravo,

¹³ Darío Jiménez. *Erotismo y transgresión: La narrativa vanguardista de Pablo Palacio*. Universidad de la Laguna. Tenerife- España, 2017. Pág., 144.

La voz de Eros (2006) de Sheyla Bravo, *Gato por liebre* (2006) de Diego Cornejo Menacho, *Pubis equinoccial* (2013) de Raúl Vallejo, *Moradas provisionales* (2018) de Santiago Páez, y entre las más aclamadas de los últimos años, *Nefando* (2016) de Mónica Ojeda, y *Sanguínea* (2019) de Gabriela Ponce.

Y entre las propuestas que incursiona en las relecturas sobre el erotismo, tenemos la obra recopilatoria de Dalton Osorio y Marcelo Báez Meza: *El escote de lo oculto: antología de lo prohibido* (2006), que ofrece una lectura refrescante y diferente de relatos ya conocidos, con autores que se embarcan en nuevas ramificaciones de lo erótico: en el amor romántico, en las prácticas sexuales, en las añoranzas filiales, en la transgresión religiosa, en la angustia, etc., de la mano de escritores como Fernando Nieto Cadena, Abdón Ubidia, Jorge Velasco Mackenzie, Maritza Cino, entre otros.

Esta garúa de nombres de obras y escritores, son algunas de las puertas de entrada para reevaluar el estado del género erótico dentro de la narrativa ecuatoriana, y que permiten llegar —tal vez a una apurada conclusión—, de que el erotismo no ha sido y no es tema sólo para el campo de la poesía; siempre ha estado presente, develándose con un temor lento dentro de nuestros escenarios, letras y lecturas.

La herencia sexual del Edén

En el campo literario ecuatoriano, tal como hemos evidenciado, el género erótico ha sido explorado en diferentes espectros sexuales, tales como: homoerotismo, pedofilia o violencia sexual, y para contribuir a este eje narrativo, el cuentario del Edén ofrece una narrativa que explora temas complejos dentro del espectro erótico y sexual, que se adentran a temas más oscuros e interpelan la sensibilidad del lector, porque a pesar de tratarse de un trabajo sobre erotismo, se ha buscado complejizar el sentido de este género al tratarlo desde lo sensual y lo mórbido, “la resolución de ir más allá de los límites de la prohibición es la que une a veces las manifestaciones eróticas con la crueldad¹⁴”. Así mismo, se intenta jugar diferentes escenarios en los cuales se expone la sexualidad, como lo psicosexual y lo necroerótico; se presenta una puerta literaria para mostrar el incesto, los debates morales y religiosos dentro de una persona, y la idealización del amor romántico como la finalidad última del deseo sexual.

¹⁴ Denise Bone Ortiz. *El erotismo en la poesía contemporánea del Ecuador*. Quito, octubre del 2018. Pág. 8.

La sexualidad se describe en muchos aspectos que rodean al ser humano, se examina los componentes esenciales para que las personas vivan en un ambiente de estabilidad como: ideas, dogmas, posturas, roles, valores, vínculos afectivos y aspiraciones. Lo que ayude a que se desarrollen de mejor manera los holones¹⁵ sexuales es la probabilidad de saber que se desea alcanzar en un futuro, cada destreza sexual permite desplegar ideas acerca de este holón¹⁶. La conceptualización de sexualidad se entiende como un conjunto de cualidades que nos compone como seres humanos, tanto en su dimensión física, como en la biológica, psicológica, ética, sociocultural e incluso religiosa; las cuales se exploran, en cierto sentido, en este cuentario.

Este Edén es un Edén tropical, un paraíso saturado, lleno de excesos, que grita, exuda y se expone ante la sexualidad erótica sin contención. Pretende ser una representación de lo real que puede darse en la ciudad, en un caos orgásmico que se esconde ante los ojos de todos, y se devela en la intimidad de los impulsos, en las represiones y las transgresiones, “lo cual continúa siendo una de las fuerzas demoníacas de la conciencia humana, que nos empuja esporádicamente hacia los deseos prohibidos y peligrosos, los cuales abarcan desde el impulso a perpetrar un acto súbito de violencia arbitraria contra otra persona, hasta el anhelo voluptuoso de extinguir la propia conciencia, de morir literalmente¹⁷”.

De esta manera, para hablar del *El Edén de los cuerpos*, lo divido en cuatro categorías —a pesar de que los relatos se adscriben a más de una—: incesto, necroerotismo, homoerotismo y reescritura y subversión.

En primera instancia, y como el concepto más trasgresor, está el incesto presente en “Juegos infantiles”, “Comunión dominical” y “Madre mía”. Tanto en “Juegos infantiles” como “Madre mía” se presenta una pulsión del incesto, que como tal, nunca es llevado a cabo, sino que es el medio principal a través del cual se muestra la tensión de la sexualidad contenida por parte de un hermano y un hijo. En el primer caso, Tomás es un hermano gemelo que explora su sexualidad reconociendo sus deseos y tratando de reprimirlos, ya que sus impulsos son

¹⁵ Un holón es algo que es un todo y a su vez forma parte de un sistema mayor a sí mismo. En el campo de la sexualidad existen cuatro holones: la reproductividad, de género, erotismo y la vinculación afectiva interpersonal.

¹⁶ Bone. *El erotismo en la poesía contemporánea del Ecuador*, pág. 16.

¹⁷ Sontag. *Imaginación pornográfica*. Pág. 21.

incestuosos, identificándose con su héroe literario Christopher Dollanganger¹⁸; a diferencia de este hijo sin nombre, que se muestra consciente de sus acciones, de cómo es, lo que quiere e incluso cómo lo percibe su propia familia, en especial su madre, quien es su objeto de deseo; pero este personaje nunca refrena sus impulsos, más bien los vive libremente, los explora, se tenta a sí mismo, provoca a su madre a entrar en estados violentos que le generan placer a él, y este cuento dista mucho de “Comunión dominical”, en el cual, de manera inintencional, se despliega un incesto entre dos chicas que mantienen un amorío fugaz en el colegio, y siendo adultas, descubren que son hermanas.

El segundo punto es el necroerotismo, el cual se explora en “Desechos” y “Madre mía”. Para este proyecto, el necroerotismo es una propuesta de temática que se basa en el erotismo y la necrofilia, jugando con la insinuación e imaginación de las prácticas sexuales, que nunca son desplegadas en actos sexuales reales. En relación con “Desechos”, tenemos a una mujer adulta que se presenta como un personaje que lucha en silencio contra sus impulsos sexuales, pero finalmente se rinde ante ellos, acometiendo violencia sexual en una persona viva, pero estimulada e impulsada por los cuerpos de personas muertas, ya que, citando a Bataille, “puede decirse del erotismo que es la aprobación de la vida hasta en la muerte”. Mientras que, en “Madre mía”, debido a ese pulso incestuoso, el personaje se expresa en un relato que funge como una oda de amor a su madre muerta.

Ahora, con respecto al homoerotismo, en “Piel primerizas” se usa el tópico del amor romántico —mayoritariamente idealizado por el protagonista, Valentín—, para contar una historia que se encuentra en medio camino de la utopía y la distopía sexual, fuertemente inspirada por la relación de Winston y Julia en *1984* (1949) de George Orwell, quienes no logran vivir su historia de amor al igual que Valentín y Amadeo. Por eso el encuentro sexual es idealizado, es una fantasía en la cabeza de Valentín, que revive su breve amor juvenil, “ya que el momento de enamoramiento es un espacio donde la conciencia pierde los referentes y se entra un poco en la locura porque es un espacio atemporal, propio; y el amor, que es el compromiso y la elección que implica el

¹⁸ Personaje principal de la Saga Dollanganger (1979) de V. C. Andrews; quien, al estar encerrado cuatro años en un ático con sus tres hermanos, termina enamorándose de su hermana, la agrede sexualmente, y siendo ambos adultos, entablan una relación que termina en el matrimonio de ambos y forman una familia con tres hijos.

reconocer a aquella persona de la cual uno se enamora, como alguien con quien compartir la realidad cotidiana¹⁹”.

En esta historia se presenta un deseo tanto emocional como sexual, de manera proporcional, así como un homoerotismo masculino que de cierta manera busca complejizar la concepción de este amor romántico en su sentido tradicional. De la misma manera, se toman los tres erotismos planteados por Bataille: el erotismo del cuerpo, del corazón y el sagrado, en los cuales cada forma erótica presenta particularidades que la diferencia de las otras, como “la obscenidad en el caso del erotismo de los cuerpos, la pasión que domina el erotismo de los corazones, y el éxtasis divino en el erotismo sagrado²⁰”. Esas particularidades se reflejan en el temeroso deseo del protagonista, que se enfrenta a su despertar sexual obligado por su situación contextual, donde no hay espacio para la búsqueda del amor en una ciudad en la cual todo se despliega en las prácticas sexuales.

Por otro lado, “Comunión dominical” copia el esquema de las misas dominicales — del catolicismo— para contar el amorío de dos jovencitas, con el fin de transgredir los preceptos religiosos en tres sentidos: el sexual, el homosexual y el incestuoso; ya que, si Camila y Julieta no se hubiesen conocido en su colegio religioso, nunca hubiesen estado juntas, ni descubiertas — muchísimos años más tarde— que son hermanas.

Finalmente, para hablar de la reescritura y subversión, me centro en “El capítulo no contado del Génesis”, “El festín de Freud”, “La ganadora” y “Piel primerizas”. El primer cuento de esta sección hace exclusivo uso de la reescritura del pasaje bíblico de Adán y Eva; aquí se cambian y juega con sus sentidos: los personajes no descubren el sexo con un fin de reproducción, sino con un fin placentero, y la carga de la creación recae en Eva y no Adán, lo que resulta, incluso, una doble transgresión²¹. Es un cuento que le da una tonalidad infantil a este Edén que presenta una puerta de entrada a un nuevo paraíso.

En “El festín de Freud”, se parodian las personalidades de grandes referentes del erotismo, como el mismo Freud, Sade, Henry Miller, D. H. Lawrence, Anais Nin, Dominique Aury y su

¹⁹X Serrano. *Análisis psicosocial del amor y desamor*. 2000. Recuperado de: http://www.cop.es/colegiados/pv00141/amor_desamor.htm.

²⁰ Pérez. *El Sentido del Erotismo*. Pág. 138.

²¹ La transgresión entendida desde la reescritura, usando el erotismo como motivo principal, sin el castigo ni la creación del *pecado original* como algo malo.

enigmática O., y Bataille con su extravagante Simone. Este relato es un punto de encuentro de muchos de los referentes que han alimentado este Edén; se crea un dialogo directo con esas voces, a la vez que se les permite ser los propios protagonistas de los escenarios que tantas veces han creado y hemos leído, pero que por primera vez los vemos vivirlo. “El festín de Freud” pretende ser una oda narrativa que adopta a estos personajes, a los Escrilocos, y los configura como seres tropicales.

Por último, el cuento “La ganadora” se centra en una disputa juvenil que usa el libertinaje sexual como una treta para determinar quién es mejor entre las dos jóvenes: Rosita o Ángela; y se expone a dos personajes femeninos empoderados en sí mismos, en su sexualidad vivida sin miramientos a las consecuencias, como la violencia sexual que sufre Rosita. En este relato la subversión se la puede entender desde el punto de género, de estas mujeres acogéndose a su vida sexual y usando a los hombres para lograr sus objetivos. Mientras que la subversión que se propone el Piel es desde las concepciones teóricas del poder de Foucault, del control ejercido sobre la sexualidad. En este relato se juega con ese poder, que, en lugar de restringir, suscita la vivencia sexual desde temprana edad.

Cabe mencionar que la intención de *El Edén de los cuerpos* al usar el erotismo, no tiene como finalidad el generar placer y/o excitación física a sus lectores, ya que este erotismo que se muestra es un erotismo disidente, es único desde las perspectivas de estos personajes, y por eso no tiene que ser necesariamente *agradable*. A lo largo de este cuentario, los relatos se centran en otras formas en las que también se vive el erotismo, que son complejas y reales de la sexualidad humana, exploradas desde temprana edad —desde ese niño que disfruta lastimar a su gato— hasta la edad adulta —como el Doctor Simón Froi y sus amigos—. Cada historia es un núcleo cerrado en sí mismo con personajes conscientes de lo que entrañan en sus vidas sexuales: las viven, se las cuestionan, y en muy pocos casos, transgreden a niveles interpersonales, como la violencia sexual.

En este Edén, se abraza la herencia sexual que parte desde el descubrimiento de Adán, Eva y su naturaleza sensual, dando paso a la apertura del universo sexual, atravesando las transgresiones morales y religiosas, y las distintas exploraciones de la sexualidad. De esta manera, *El Edén de los cuerpos* se suscribe a un breve linaje de narrativa ecuatoriana que se ha visto limitada en tanto a lo erótico. Se une al entramado de sensibilidad a la hora de hablar de la

naturaleza sexual de las personas y las variedades que esta entraña, con un erotismo repudiado que pretende ser fiel a sus protagonistas, a ese imaginario sexual dentro de cada una de las historias.

Ya que como dice Bataille, todo erotismo es sagrado.

Bibliografía

- Bataille, George. “El erotismo”. *Tusquets ediciones*. España- Barcelona, 2007.
- Bone Ortiz, Denise Carolina. “El erotismo en la poesía contemporánea del Ecuador”. Quito, octubre del 2018.
- Foucault, Michael. “Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber”. *Siglo Veintiuno Editores*. Argentina- Buenos Aires, 2014.
- Freud, Sigmund. “El malestar en la cultura”. Tomo XXI. Buenos Aires: *Amorrotu Editores*. (Versión original: 1931).
- Jiménez Darío. “Erotismo y transgresión: La narrativa vanguardista de Pablo Palacio”. *Universidad de la Laguna*. Tenerife- España, 2017.
- Icaza, Jorge. “Huasipungo”. Bogotá: *Editorial La Montaña Mágica*, 1986.
- Paz, Octavio. “La llama doble”. *Seix Barrial*. España, 1993.
“Los reinos de Pan”.
- Ojeda Franco, Mónica. “Pornoerótica latino-americana: subversión en la narrativa de mujeres en el exilio”. *Anales de Literatura Hispanoamericana*. 2014, vol. 42, Núm. Especial 57-69.
- Ospina, Omar. “Ars Erotica el erotismo en el arte y la literatura del ecuador”. Ecuador: *Dinediciones S.A*, 1997.
- Pérez, Miryam. “El Sentido del Erotismo”. *Revista Ciencias y Humanidades*. Julio – diciembre 2015.
- Rueda, Jaime G. “El horror y la mujer: su monstruosa sexualidad”. *Galería 7C*. Febrero 28, 2022-agosto 09, 2022. Acceso <http://galeria7cs.uaslp.mx/blog/index.php/2022/02/28/el-horror-y-la-mujer-su-monstruosa-sexualidad/>
- Serrano, X. (2000). Análisis psicosocial del amor y desamor. Recuperado de: http://www.cop.es/colegiados/pv00141/amor_desamor.htm.
- Sontag, Susan. “La imaginación pornográfica”. *Estilos radicales*. S/l. S/f.

El capítulo no contado del Génesis

“El cristianismo le dio al erotismo su sabor de pecado.

-Simone De Beauvoir.

Al principio no había nada.

El campo estaba lleno de animales y vastas praderas que derivaban en cascadas cósmicas. La soledad de un habitat perfecto necesitaba acogimiento materno y paterno. Del polvo salió el primer hombre, y este se dedicó a bautizar todo lo que lo rodeaba, incluso esos seres que se reproducían, bestialmente, retozándose en sus cuerpos, en sus instintos. El deseo de Adán por seguir colonizando lo arrinconó a un vacío existencial que sólo su mismo creador era capaz de comprender.

Eva era la niña de las curiosidades, la mujercita que veía, olía, tocaba y probaba todo mil veces, como si todas fueran la primera vez. No sólo era el campo, el prado, las cascadas o los animales; era ella misma, lo que habitaba en sí, lo que tenía en sí, lo que sentía en sí. Ella era un universo lleno de curiosidades y quería entender cómo hacer lo que los animales hacían. Pasaba horas y horas observándolos, analizando sus movimientos, los sonidos que hacían antes, durante y después. Pero lo que más deseaba saber era el nombre de aquella cosa que parecía un combate carnal del que salían sonidos lastimeros, mezclados con otros que no sabía precisamente cómo denominar.

No compartió sus dudas con Adán, pero este, a medida que pasaban los días, se iba dando cuenta que algo le sucedía. Eva se iba adentrando lugares más escondidos, se perdía por horas y regresaba apesadumbrada, sin la misma vitalidad con la que se despertaba; a veces, cuando Adán abría sus ojos a mitad de la noche, no la encontraba a su lado.

Sus momentos felices se reducían a los festines en el desayuno, el almuerzo y la merienda. A ese punto, sólo la comida le aportaba aún una sensación única de asombro, sintiendo las combinaciones de sabores que explotaban sobre su lengua, emitiendo efectos placenteros a todo su cuerpo. Un día descubría las moras y pensaba que era lo mejor que había probado en toda su

vida, y al siguiente probaba las fresas y entonces pensaba que eso era lo mejor que había probado en toda su vida, y luego las peras, las uvas, las naranjas, los melones, las bananas y las manzanas. Sobre todo, las manzanas.

Durante esas tres instancias del día, Adán y Eva eran felices.

Y entonces, Adán empezó a usar las frutas como sus distractores para mantener a Eva igual de alegre. Al caer el día, se sentaban juntos comiendo manzanas, y observaban como el sol penetraba lentamente la tierra: el cielo se empapaba de colores rojizos hasta que todo quedaba oscuro.

Con esa ausencia de luz, descendieron al lago. Adán llevó manzanas y las dejó a la orilla, para después. Juguetearon, aprendieron el arte de manejar sus extremidades al unísono para yacer sobre una superficie húmeda, que los inundaba en zonas que no sabían que podían mojarse. Estaban extasiados y felices, hasta que ese curioso sonido hizo que Eva se suelte de los brazos de Adán y se arrastre fuera del agua. Su cuerpo travieso se movió a través de los árboles, hasta hallar la fuente de su curiosidad, y Adán iba detrás de ella, observándola observar.

Él sabía lo que tenía que hacer: se llevó a Eva a una cama de hojas improvisadas y la dejó allí unos minutos para ir a recoger más manzanas.

Eva estaba expectante.

“Toma”, le dijo parándose delante de ella.

Con sus manos temblorosas la mujer tomó la fruta y le dio un mordisco. Sus labios se abrieron de manera provocadora y sensual, sin temor, y se cerraron con firmeza sobre la dura carne. Los jugos salpicaron y se escurrieron sobre su barbilla y sus dedos; un chorrillo trazó un camino que descendió por su cuello y su pecho hasta llegar a su abdomen.

Adán, quien había estado mirando todo con buen cuidado, saltó sin prisas sobre la lámina húmeda de piel y succionó la mezcla agri dulce de piel y manzana e hizo el camino del chorrillo a la inversa: estiró su lengua y ascendió del abdomen, el pecho, el cuello. Se detuvo sobre los labios y los invadió con fuerza, chupando trozos de fruta desde el interior de Eva.

El primer beso dado por el hombre tenía una combinación fogosa, frutal y salobre.

Eva no estaba segura de lo que hacía ni de cómo reaccionar, pero su instinto ganó terreno y fue domando sus inseguridades.

“Esto es lo que los animales hacen”, pensó. Sacó su bestialidad y se lanzó sobre Adán, ansiando por su presa.

Repetían los combates salvajes, la manzana en el centro de todo, pasando los trozos de fruta de una boca a otra a través del puente de lenguas que se extendían por avenidas de pieles.

Se besaron las costillas, el origen de su verdadera felicidad, y ahí se quedaron complaciéndose, mientras sus manos ascendían, bajaban, entraban y salían, provocando rocíos diminutos y prematuros. Todo rodaba con facilidad. El agua salada de las cavidades de Eva consentía que Adán reptase sobre ella, como una serpiente en busca de su habitad, el hogar en el cual depositar su dulce veneno para que la recorra por completo.

Como una gacela ansiosa, Adán tocó colinas nuevas. Probó los senos de Eva: sabían a ciruelas; el sabor agridulce de su piel era exquisito. Quería exprimir los dos frutos en su boca, succionarlos, amasarlos hasta que se escurrieran sobre sus manos y así embadurnar todos los rincones inexplorados de su amante. Eva, por su parte, debatía su atención en receptor las olas de placer sin convulsionar y danzar en círculos sobre el tallo de Adán. El puente de sus lenguas se rompió con la misma fuerza y en cuestión de minutos se había convertido en una experta. Ella era la diosa que dominaba el arte de consumir, de arriba abajo, con manos y boca, esa poderosa fuente de Adán.

Apretó sus labios con una fuerza delicada alrededor de la fina tela que cubría ese tallo rosado, sin privarse de explorarlo, impresionándose de la música gutural que ambos emitían.

“Como los animales”, pensó, “somos animales”.

Eva y Adán se iban fusionando: dos lenguas, dos manos, veinte dedos, ocho extremidades. Ambos querían seguir probando los sabores del otro.

Él tumbó a la mujer sobre su espalda y se colocó entre sus piernas, dibujando una perfecta V. Serpenteó con ligereza y facilidad. La humedad lo recibía gustosa y él se enterraba una, dos, tres, miles de veces. Y Eva cantaba fuera de ritmo, se retorció. Sentía un aguacero escurriéndose de ella, un aguacero puro, cristalino. Un aguacero pecaminoso. Mortal.

La luna hacía que Eva se vea como una sombra etérea, mientras Adán se clavaba en lo profundo de su ser, corrompiéndola. Poco a poco, implantaba su semilla en su fruto prohibido. Se deleitaban.

Escalaron a un nuevo paraíso sin despegar sus cuerpos de las hojas. Aceleraban movimientos, quejidos, manoseos. Eran un festival orgásmico de frutas chocando, cerrando las distancias con más fuerza y más fuerza y más fuerza y más fuerza.

Hasta que estallaron.

Después de una comida corpórea, Eva sabía lo que era estar verdaderamente satisfecha, dejarse comer, dilatarse y perderse en una frugalidad intensa. La irracionalidad carnal les sabía a muchas cosas.

La primera mujer había descubierto y nombrado desde la hoja que danzaba al caer del árbol hasta las gracias del cuerpo de su amante, había probado todos los sabores, desde la pepa de una uva hasta la semilla escondida en su virginidad perdida. Había sentido el fluir de los ríos como el espeso flujo de Adán.

Y entendieron que querían extasiarse del edén de sus pieles por el resto de sus vidas.

Madre mía

Habría querido terminar mi diario sin la confesión de un amor prohibido.

Por lo menos, quería que mi amor incestuoso quedara sin escribir.

-Incesto.

Anaís Nin.

Hay que conseguir lo crisantemos: rojos, blancos, azules, naranjas... del color que sea. ¿Por qué nadie me hace caso? Esas eran las flores preferidas de mamá, dijo que las tuvo en su matrimonio y que las quería tener en su funeral, ¿acaso nadie prestaba atención?

Claro que no.

Nadie se fijaba en ella como yo; padre se la pasaba de obra en obra, que apenas tenía tiempo para quedarse en la casa y disfrutar del espectáculo que era, la manera que su cabello caía como confeti sobre su moño desbaratado, dejando su cuello a la vista con líneas zigzagueantes de la tensión, las montañas de sus hombros eran un prado liso, lleno del cansancio de pasar todo el día atendiendo la cocina, anclada sobre sus piernas que ameritaban un masaje. Mis manos se morían de hambre por rodear su cuello y robarle todo el oxígeno, así como pasó con Pancho, el gatito recién nacido de Federica, la gata de la abuela.

Mi atracción por la muerte siempre la perturbó, me decía que estaba loco, que no era normal. Muchas veces mi padre aseguró que en la maternidad se equivocaron de bebé, que una cosa como yo no podía haber salido de él. A los tres meses, con mis muelas peladas, rosaditas, húmedas de la baba incontenible del deseo por comer, me encantaba chupar sus senos, masticar con la ausencia de dientes hasta sacarle sangre. Me encantaba lo exclusivo que era nuestro contacto. No había en el mundo nadie que la podía necesitar tanto como yo.

Aunque en secreto ella odiaba *darme el seno*; decía que rechazaba la leche, pero pedía sangre. Yo nací con una rareza precoz.

Es un secreto a voces que me atrae la muerte. Fue mi madre quien lo descubrió cuando me encontró jugando con el gato. Con un rostro furioso y lleno de lágrimas, me obligó a hacer un hueco en el

patio para enterrarlo, y no pude dejar de reír todo el tiempo al ver el animal escuálido, con el pellejo sin color, la lengua lánguida yaciendo sobre la tierra.

Después de eso me arrastró hasta la sala y me sentó sobre sus piernas. No tenía calzoncillos debajo del pantalón y eso la enojó más. Gritaba que era un raro, que a lo mejor me cambiaron en la maternidad o que debió abortarme; y me pegaba dejando mis nalgas bien rojas, era como si intentaba recuperar la sangre que le había sacado de sus pezones. A veces me dejaba pegar a la primera, pero en otras ocasiones me zafaba de su agarre y corría por toda la casa, escondiéndome en los lugares más obvios, realmente no me esforzaba, sólo quería escucharla gritar. Mi nombre era un credo que repetía escupiendo saliva amarga, salía de sus labios como si fuera azufre, como si fuera el mismísimo Lucifer.

Yo me deleitaba en verla correr, el movimiento tosco de sus senos, cuando se agachaba y me agarraba del pelo. Me pegaba mecánicamente, poniendo todo su ser en cada golpe. Tal vez esperando que le pida que pare, que bote una lágrima, un quejido, pero no: sólo me reía. Tal vez una parte de ella sabía que lo disfrutaba, que el roce violento de su mano en mi nalga o mi cachete, me excitaba. Mis hermanos también me evitaban. Al ser el mayor de los tres, esperaba poder educarlo en mi religión, donde madre era la diosa por lo que debíamos vivir, pero pronto me di cuenta que eso no sería posible. Ellos eran los hijos normales que mi madre siempre quiso. Y por eso los odiaba.

Cuando la cuarentena empezó, pude notar en sus ojos la desesperación de sentirse encarcelada conmigo, con el hijo raro que le succionó las ganas de vivir. Durante un tiempo aguantó mis miradas inquisitivas, mis paseos sin ropa a medianoche a su cuarto, cuando mi padre tenía el turno nocturno en el trabajo; a veces usaba los mismos calzoncillos por tres días seguidos para después dejarlos en el cajón de sus calzones. Limitaba mis acciones a cosas mínimas, pero las llevaba a cabo con una constancia religiosa, que ni mi padre ni mis hermanos eran cura suficiente contra el mal que le provocaba a mi madre a pesar de que me pedían que pare, que hable con psicólogos, con sacerdotes, exorcistas o algo. Pero ella solo encontró solución enfermándose y yéndose de aquí para siempre.

El día que mi madre murió sentí un carnaval en el corazón, porque sin darse cuenta hizo algo que realmente me llenaba de felicidad, me sentía extasiado, excitado. Estuvo dos días en el mueble de

la casa haciéndome compañía, seduciéndome, llamándome para que jugueteo con el frío de su piel. Era el deseo palpable que mi lengua anhelaba por recorrer, y era fatídico no poder hacerlo.

Mi padre logró conseguir donde enterrarla, y sin llamar a la abuela o mis tíos, la metió en su camioneta, vestida con el traje de bodas. La tela estaba casi amarilla, carcomida por los años, apolillada y sin el cierre subido porque estaba hinchada. Todo su cabello era un manto oscuro que reposaba a sus espaldas. Mi hermana la maquilló un poco, pero eso no quitaba los rasgos de muerte. Parecía un payaso demacrado, con el labial rojo cubriendo el sopor de la descomposición. Sin embargo, yo podía ignorar todo eso y rescatar su verdadera belleza, la de su santa muerte.

Mi familia no quería que vaya con ellos, no querían que sepa donde la llevarían porque tenían un miedo impronunciable de lo que mi perversidad me podría llevar a hacer. Era como si leyeran mis pensamientos antes de su creación.

Yo quería cavar el hueco de mi madre, quería buscarlo y extraer todo de él para plantarla como una flor rancia, explorar sus oquedades, abrir su portal y enterrarme nuevamente ahí. Yo amaba tanto a mi madre que quería vestirme de su piel mientras la bañaba de mis jugos tiernos, buscaba juntarme con el origen de mi existencia y quedarme ahí, descansando luego del éxtasis, junto a las dos diosas que adoro. Justo en el inicio. Cuando se la llevaron, lloré por primera vez, y le recé un *Madre mía*, la oración que creé a los siete años, cuando las monjas me descubrieron espiándolas afuera de su baño:

*Madre mía que estás en mi gloria,
santificado sea tu cuerpo,
venga a nosotros tus senos,
hágase mi voluntad en tus manos sobre mi pene,
dame hoy el azote de cada día,
perdona mis deseos como yo perdono tu recelo,
déjanos caer en la tentación
y hagamos todo mal.*

Amén.

Pieles primerizas

En la época más feliz del año, con las tiendas, mercados y comerciales llenos de gente, los canales de televisión explotaban con la última noticia del momento. Nadie quería creerlo. El shock colectivo era una bolita caliente que se pasaba de mano en mano. El morbo los tenía expectantes.

Escuchan las noticias en la radio, en la tele, la leían en los periódicos, se hablaba de ella en las escuelas, en los hospitales, en la iglesia. La zozobra que creaba era una serpiente que reptaba en cada una de las personas de esa misma ciudad, e instaba a todos a que se saquen las ropas y se pierdan en cuerpos ajenos para asegurarse que estaban bien, que mientras se desvistan y se reconozcan en sus cavidades y fluidos, seguían viviendo con toda normalidad del mundo.

Pero con eso no bastaba para detener la realidad:

Anoche, a las doce y media aproximadamente, se encontró a un veinteañero caminando por el Parque Centenario, entre la marea de hombres con sus pieles al aire, vendiendo el placer, como dicta el gobierno, y el joven rechazó no una, ni dos, ni tres de las ofertas que le realizaban. Rechazó TODAS. El comportamiento escurridizo, ajeno al roce de esas pieles desconocidas, llamó la atención de muchas personas en el lugar, ya que nadie dice que no al poder irse del parque en buena compañía. Y una de las parejas, alarmadas, se acercaron a los vigilantes del lugar y les advirtieron del peculiar incidente.

Valentín, de veintitrés años, salía de una fiesta en la cual, se comenta, no se relacionó con nadie. Estuvo de pasada y se fue rápidamente. Se ha llevado a cabo una investigación minuciosa y lo que los detectives han descubierto ha sido sumamente alarmante: el joven es virgen. Hace más de cuarenta años que en la ciudad no teníamos una persona que pase de la adolescencia siendo virgen, según los parámetros de iniciación.

La sorpresa que este descubrimiento ha dejado en toda la ciudad, ha llevado a todos a un estado de excitación extrema, que se está considerando hacer una celebración más importante y más grande que la de Navidad; se celebrará la pérdida de esta virginidad a través de una subasta y el dinero recaudado se donará a diferentes entidades de producción y distribución de metrajes que enseñen a los niños su iniciación sexual.

Miranda tiró el periódico resoplando, apretando los dientes. Su mandíbula formaba una gruesa línea de delicados huesos que se sumaba a las emociones colectivas, y ahí, sentada delante de la fuente de tanta zozobra, su mirada se perdía sobre esos pliegos de pieles virginales y lo veía como un bicho raro, lleno de aureolas caleidoscópicas. Se preguntaba a sí misma cómo ese hombre había pasado tanto tiempo sin haber estado con nadie. En especial en una ciudad donde el mercado de los cuerpos no era opcional. Era la ley.

.....

En la habitación hay dos hombres: uno en calzoncillos y con un abdomen obscenamente marcado, lleno de aceites y el otro está bien armado con una cámara. Entre toma y toma, el modelo se acomoda su calzoncillo, moviendo notoria y provocativamente el creciente bulto en su entrepierna. Ambos hombres no tardan nada en olvidarse de la sesión de fotos y empiezan a tocarse, provocarse, besarse y devorarse por completo. De un momento a otro, la escena cambia y el fotógrafo está recostado bocabajo sobre un sofá, abriéndose por completo para que el modelo, moreno y lleno de aceite, se inserte en él.

La orquesta de gritos navega por los cablecitos blancos, penetran los orificios de los parlantes y se acunan en los oídos de la joven audiencia que está absorta viendo la película y tomando notas. Se puede notar que algunos están acalorados, con las mejillas empapadas de un ligero rubor y un brillo desafiante en sus pupilas, y nadie nota cuando Valentín pasa detrás del grupo, quien recuerda cuando él fue parte de ese grupo de aprendices y por una equivocación, no fue *desflorado* en su primer año de colegio.

Escoltan al hombre fuera del edificio para instalarlo en una habitación de hotel, donde lo espera una avalancha de gente, ansiosa por el ver el rostro del cuerpo más polémico del momento.

.....

—Es una verdad universalmente conocida: un engaño nunca termina en final feliz.

La mujer enana y regordeta con el micrófono en la mano intenta hacer reír a todos con una frase que resume por qué están reunidos en el evento de esa noche. Y luego de una ligera ola de risas, abre la puja con un desfile de número obscenos, cantidades que no deberían nombrarse a todo

pulmón, pero ella lo hace sin vergüenza, sino más bien orgullosa de ser el rostro, el nombre y el cuerpo que se encargue de ponerle cantidad a la mejor venta registrada en cuarenta años.

El objeto a subastar no se había dejado ver en toda la noche, lo tenía en un cuartito, bien resguardado por si alguien quería acercarse y mancillararlo antes de tiempo. Desde que su noticia se dio a conocer se había convertido en la prioridad número uno no sólo de la ciudad, sino del país entero. El Presidente estaba realizando un seguimiento minucioso del caso, queriendo resolverlo lo antes posible, y se había hecho la noticia sensacionalista en otros lugares que ya de por sí veían esas costumbres como algo aberrante.

Valentín, acostado en la mitad de la cama, veía la subasta que estaba siendo transmitida por la televisión y sentía una mezcla de nerviosismo infantil, euforia y enojo, porque no quería que lo que le iba a pasar sea de conocimiento mundial, a pesar de que sí lo deseaba desplegarse en los placeres carnales, había esperado precisamente porque quería que sea *especial*. Y su familia le decía que no había nada más especial que eso, que el mismo Presidente otorgue un día para celebrar su iniciación sexual, que lo entreguen al mejor postor, que todo sea para una buena causa. Ellos eran la familia del momento y no pensaban desaprovechar la oportunidad sólo porque su hijo se la daba de puritano a pesar de haber sido educado correctamente.

No entendían en qué punto se desvió.

Era el último de cinco hijos y todos habían salido normal, menos él. Desde que Valentín quedó al descubierto, sus padres no dejaban de preguntarse qué habían hecho mal, por qué él los estaba castigando así, y lanzaban miles de preguntas sin sentido que Valentín no se molestaba en responder, porque la única razón que tenía para haber esperado tanto lo hacía sentir estúpido.

Las figuritas en la televisión se movían con algarabía, cantando números que no paraban de ascender, pero sólo uno de todos esos números llamó la atención de Valentín, quien se sentó al filo de la cama, encorvado, inclinado hacia adelante casi por el peso de su puntuda nariz, y empezó a sentirse realmente emocionado.

Y dos horas después, fue sacado del cuarto y escoltado al salón donde la subasta se llevó a cabo. La estancia estaba llena de rostros conocidos, de la política, la fama y el bajo mundo que se codeaba con la elite, por debajo de la mesa. Al abrirse la puerta, revelando el rostro aun juvenil de Valentín que desentona con su cuerpo desproporcionado de adulto, el ruido se escurrió de un solo golpe y

fue suplantado por el asombro de ver al hombre del momento de cerca. Y las preguntas colectivas sólo se pronunciaban en susurros que hacían sentir a Valentín como un bicho raro, pero aun así en ni un momento perdió la compostura, seguía erguido, desafiante. Su usual barba de dos días estaba más alborotada y su cabello tenía los pelos despuntados, como si esas hebras sentían el cosquilleo de su corazón ansioso; llevaba una chaqueta verde olivo que encuadraba sus hombros altivos a la perfección y lo hacía ver más apetecible.

La mujer regordeta que estaba de maestra de ceremonias sentía que por un momento había llegado al mismísimo cielo, y no por la casi escasa belleza de Valentín sino por la promesa virginal que él representaba y todas las fantasías que podía llevar a cabo, en instruirlo y moldearlo a su antojo. Y ella no era la única con esas ideas ondeando en su cabeza que hacía que todos se lamenten por no haber dado más dinero. Nunca una gala de subasta había tardado tanto y sido tan peleada como la de esa noche, y la mejor parte ni siquiera había comenzado aún.

Valentín esquivaba las miradas de todos los desconocidos deseando encontrar la que quería, esa mirada que lo había cautivado a la distancia sin vergüenza alguna, quería ver esos ojos cafés y drogarse de ellos, meterse en sus charcos, embadurnarse y dejarse consumir por el dueño de esa mirada. Se había prometido a sí mismo que sería la única persona que podría anclarse en él y era la razón por la cual nunca corrigió el diminuto error que se cometió el día de su iniciación.

Los escoltas de Valentín lo dejaron en una silla, sobre una plataforma giratoria que estaba en una pequeña tarima en el centro del lugar. Una vez que estuvo bien sentado y acomodado, las puertas se cerraron y las luces bajaron su intensidad, quedando en un ambientador tono cálido que hacía que todos se vean antojados y provocativos. Y como la presa que Valentín era, también era la persona a celebrar, a inaugurar, y no podía pasar sin que antes él mismo observe el festín corpóreo que todos se darían no sólo ahí, delante de él, sino en todos lados de la ciudad.

Era un día para festejar con más desmesura de la normal.

Como un Dios, él estaba arriba girando, omnipotente, viendo cómo se empezaban a desnudar. Formaban grupos de tres, cinco, diez, y no perdían tiempo, los gimoteos y los azotes se escuchaban por todos lados. Era una feria en la que Valentín podía escoger qué escena, pose o sonido iba a imitar: los AHHHH, ahh... ahh... ahh..., humm; los pum, pum, pum, o esos que se dedicaban a dar indicaciones complejas como si jugaran al Tetris con todas las extremidades disponibles.

Muchos de ellos actuaban de manera mecánica, como si el adoctrinamiento les hubiese quitado la dicha de realmente disfrutar y cumplían con el rol libertino que les tocaba, pero otros eran guiados por sus instintos, se concentraban en los detalles más mínimos, vertiéndose en cada movimiento. Y Valentín no era ajeno a la estimulación de lo que veía, pero sólo le importaban que venga de una persona y una persona en especial, pero él no estaba ahí.

Luego de algunos desfallecimientos y resurrecciones, Valentín fue considerado listo para ser el protagonista y tomar el escenario. Lo llevaron a otro cuarto que se le hizo ligeramente familiar, era un recuerdo que no terminaba de madurar en su memoria, pero no le dio tanta importancia porque cuando entró, él solo, casi arrojado ahí como si fuera un saco podrido, su piel se erizó por el roce salvaje del aire al cerrarse la puerta. Sentía una oleada eléctrica subiendo y bajando de su espalda, la temperatura le aumentaba involuntariamente y quería saber quién era la persona que estaba sentada en el sillón de esquinita del cuarto.

Estratégicamente, la luz no le dejaba ver el rostro.

—Ponte el antifaz.

Mientras lo hace, la confianza que tenía se va desvaneciendo e intenta respirar conscientemente, controlar lo que entra y sale, en una, dos, tres pausas, para mitigar el peso que se está acrecentando en su pecho, aplastándole todos los órganos. Su cuerpo entero está en protesta luchando con cada parte de sí mismo, fallando, paralizándolo, hasta que empieza a sentir sueño y las voces de sus padres, de las noticias y del mundo entero, le suenan lejanas; pero no deja de ver a la sombra de hombre que está sentado en la oscura esquina, en una calma extracorpórea, casi fantasmal.

El cuarto entero está nublado por halos de luces suaves y lo único que resuena son las voces de un Valentín y Amadeo, que se conocieron a los quince años, en una cancha de fútbol, y corren en círculos, uno detrás del otro tratando de alcanzarse, corriendo rápido, rapidísimo, rapidísimo, rapidísimo, para que no los atrapen, que no los vean y todos se enteren. Hasta que queda Valentín solo y se despliegan miles de Valentines tirados sobre el césped de esa misma cancha, llena de lodo y piensa en cuando me enamoró por primera vez. Y por última. De Amadeo, su eterno Amadeo. Y como la vida jamás se sintió tan dulce y esplendorosa como cuando estaba en las dichas nubes de la idealización amorosa, en un velo que envolvía todo a su alrededor. Dejándolo ciego en medio del pecado, porque qué era eso de enamorarse, sus padres no lo mandaban a la

escuela para eso, creía que enamorarse es una condena descarada que no perdona, es un león que te pone las garras y te mutila lentamente con caricias, besos candorosos y una parálisis emocional capaz de detener el mundo a su vez.

Al comprender Valentín que el hombre que estaba ahí no quería ser visto, hizo un *clic* dentro de sí, y desde el momento en que la tela del antifaz cubrió su realidad, abrió la puerta a la fantasía en la cual Amadeo era aquel hombre y así, sólo así, se dejó llevar sin rechistar ni dudar.

El hombre por su lado, alto, encarnado, pasado por los años, tenía todas las ideas más arománticas posibles; era un doctor forense, Fredy, casado, con siete hijos reconocidos y bien acomodado. Para él, Valentín sólo era un caprichito más que se le había antojado desde el instante en que leyó la noticia en medio de su rutina matutina, con un café y un muertito a lado. Se había aburrido de los *detours* que tomaba en medio de sus succiones y disecciones anatómicas, y tal vez Valentín, inexperto en el tema del cuerpo, podría ofrecerle un entremés más satisfactorio.

Ambos buscaban un fin que iniciaba en la punta del otro, y el doctor sin perder tiempo, pero con la medida necesaria, se encargó de proceder tal cual lo había hecho varias veces anteriores. Se acercó a Valentín y analizó su piel, preguntándose qué secretos tendría escondidos en esos rincones incólumes.

Valentín se siente más intoxicado por el veneno potente de sus deseos y el anhelo infinito de que lo tome y haga suyo, en la sangre siente el caminar de hormiguitas que deambulan de su corazón a su mástil adormitado, donde todas se están reuniendo para despertarlo por completo. Y sin soltarle las manos, Valentín se acerca a su rostro cuadrado, uniforme, e intento decirle algo, preguntarle qué hace ahí, cómo lo encontró. Pero Amadeo se lleva sus dedos libres a sus labios y los presiona, soltando un suave *sshhhh...*, y como en una *romcom*, se acercan lentamente, con el sonido de los juegos pirotécnicos sonando de fondo, acompañado de *Careless wishpers* y una aureola de corazones sobre su cabeza.

Por unos segundos el mundo se paraliza y Valentín piensa que es el elegido de Eros, pero aterriza a la realidad cuando sus labios finalmente tocan los de él y el hechizo se rompe con un beso escueto, con exceso de baba y sin ritmo alguno.

Le dio un beso sin pena, cargado de saliva y algunas hebras de pollo, pero Valentín sintió el beso como el toque enigmático de un hada que comprendía los silencios de esa habitación, con los

cuerpos extraños rozándose, como en una especie de danza en la cual sus cuerpos se entregaban a la primitiva y nerviosa dicha carnal. Y dentro de sus errores de novato, Valentín abre los ojos en medio beso y se encuentra con la cara del viejo doctor, perdido en sus movimientos, demasiado cerca de él, sin hermosura alguna, que provoca que se desprenda de sus labios riéndose.

El amante descarriado lo ignora y continua con su beso, salvaje pero suave, y a pesar de querer resistirme, Valentín le regresa el beso pensando en su hombre con una pasión que no sabía que tenía retenida, y se remueve un par de veces al sentir una brisa fría rozarme justo en la punta de la oreja, con la mano de Amadeo desplegándose con sutileza, apenas tocando al joven, desde su cuello, y la baja por la colina de su hombro, su brazo, y se clava en la mano, entrelazando sus dedos dándose el permiso justo y necesario para poder recorrerlo de arriba abajo, sin temor, tocándose con familiaridad, con cariño, como si cada territorio corpóreo haya estado en espera de ser reclamado por el otro.

Las paredes del cuarto se sonrojan, creando un candor que cobija la estancia, la cual está llena de miradas que parecen estrellas fugaces jugando a las escondidas, y en una sinfonía singular, los cuerpos se dejan llevar, ajenos a sus dueños, recorriendo nuevos sitios, susurrando consternaciones que se bañan de placer. Las ropas caen con timidez, rozando las pieles de una manera tan dulce que erizaba todos los sentidos de Valentín, trastornado por sus ansias de un cariño fantasmal.

Los cuerpos amantes caen a la cama, que los amparaba, cómplice y testigo, incapaz de resistirse a moldear esas siluetas amantes, que empiezan a adornarse con una ligera capa de sudor. Y se fueron desprendiendo de las ropas, suavemente, haciendo que la tela suspire ante la desnudez de esos cuerpos maduros y casi caducos; y guiado por el impulso, Valentín se agacha y pasa su lengua por el falo que sabía a piel, sal y sudor acumulado de todo el día.

Luego se voltea, acomodado por esas manos callosas y forma una pirámide sutil, dejando sus nalgas listas para el baño de lubricante que lo inunda sin delicadeza y Amadeo se empotra en él con dificultad, como un gusanito abriéndose paso en un trozo de pan tieso, duro, que destapa una humedad sangrona que deja a Valentín un escozor centellante.

—No te muevas.

Susurra con los dientes apretados, deseando ser capaz de desarticular sus piernas de su cuerpo y revertirlas, para poder aferrarse de manera frontal a él, pero lo único que logra hacer es levantar

su cuerpo, apoyado sobre las rodillas, lo que provoca otra sacudida de dolor, pero esta vez es más eléctrica, más intensa. Y, poco a poco, Amadeo comienza a moverse con suavidad, sacándole al joven quejidos secos de la boca, ruidos que no saben cómo expresar lo que sienten, mientras incrementa la velocidad.

Ambos se agarran al mástil erecto, novato. Ambas manos como una guiando juntos el viaje. Y Valentín piensa nuevamente en Amadeo, en ese fantasma juvenil que es su carne amada, su ensoñación que no es pecado alguno para esas fuentes de vida que se están alimentando mutuamente. Se imagina a Amadeo, sus ojos oscuros, espesos, llenos de pestañas escuetas que lo invitan a perderse en un mar de promesas ilusorias, aferrándose el uno al otro y devorándose entre sensaciones, caricias y un debate de intensidad que los lleva al cielo y los colma de una dicha colateral que explota abrazándoles las entrañas, recorriendo todo su ser. Y terminan en un silencio que los abraza con el manto de la satisfacción que irradia toques prematuros sobre la piel amante, primeriza. La emoción hace que Valentín se sienta excesivamente tonto, como un niño al que finalmente le han dado su peluche favorito para que juegue con él toda la noche.

Finalmente, la escena va perdiendo fogosidad para renacer minutos más tarde, pero con más fuerza, con una pasión que invade cada fibra de una habitación que se escandaliza de la alegría juvenil, que lentamente es arrastrada a las olas del sueño.

.....

Al despertarse y sacarse el antifaz, Valentín se encuentra solo en medio de una gran cama, llena de cabos, dildos, fustas, y da cuenta de que no estuvo con su amor de adolescencia sino con un desconocido; recordó el escándalo, la subasta y la primera vez. La burbujita de magia en la que ha estado por las últimas horas se rompió cuando tocan la puerta y su cara de amor se trastorna con rastros de asco al ver a la antigua reportera entrar con cámara en mano, grabando cada rincón del cuarto y la más mínima expresión de su ex virginal rostro.

El joven corre al baño a esconderse, tratando de controlar el impacto con el que le azotan los verdaderos recuerdos de la noche anterior, mitigando la ilusión de su primera vez: las emociones infantiles, las dudas, el cosquilleo que carcome la piel y la trastorna de un rosa abrasivo que se expande hasta las entrañas. Te dicen que son las mariposas, pero al final se convierten en avispas que ahogas en alcohol. Pero esas primeras veces, la desnudez inmaculada de los torpes intentos

que se disputan con la lógica, ese es el velo que maquilla la realidad, ese es el manto que nos acuna mientras caemos al abismo.

El único consuelo de Valentín es que, en su mente, creó un pacto entre él y Amadeo, una conmemoración a los entes peregrinos que disfrutaron la libertad de sus cuerpos. Una parte de ese momento se ha quedado bien instalada en los recuerdos de un sueño tan vivido, tan anhelado. Ya no había habitaciones escandalizadas, camas cómplices, dedos traviosos, ropas tímidas o emociones floreciendo; el cariño a puerta cerrada ya no era suficiente. Y parecía que el pecado en el que Valentín creía vivir logró alcanzarlo y romper aquel vínculo. Parecía que la sombra de una cruz le pesaba más que nada en ese mundo. Y no importa cuántas lágrimas haya derramado, nada cambiará de que anoche fue vendido al mejor postor, al que se entregó maquillado con su mejor sonrisa, viviendo en su cabeza otro escenario.

Al meterse a la ducha Valentín se tira contra la pared con tanta fuerza que siente la baldosa de la pared romperse e incrustarse en sus huesos, y se queda sentando en el piso, viendo como el caleidoscopio del agua juega de blanco a rojo a negro, y alguien del otro lado de la puerta pregunta:

—¿Valentín?

.....

En una corrección de eventos, el caso Valentín Hernández ha sentado uno de los mayores precedentes de paga en una subasta y hoy, como siempre, les traigo la exclusiva con los mejores detalles.

Así como lo escucha, en Miranda mira, tenemos metraje original de Valentín Hernández iniciándose en la vida sexual con una de las personas más prestigiosas de la ciudad, quien, por motivos de seguridad, ha solicitado que se cubra su identidad a cambio de darnos la primicia no sólo a este canal, sino a todos nuestros fieles televidentes.

Así que, si no quiere perderse de este magnífico evento que ha resonado más que la natividad, no olvide sintonizar esta noche su programa de confianza para ver de primera mano la iniciación de más de dos horas de Valentín Hernández.

La ganadora

Ángela y Rosita habían empatado en puntajes para ver quién sería la abanderada del pabellón nacional y mientras los profesores revisaban todos sus expedientes para ver quién quedaba en primer lugar, ellas se embarcaron en una nueva contienda, la última que harían juntas desde que estaban en la escuela y compitieron por el lugar de princesita de navidad; por ver qué mamá y qué papá ganaba la corona en el día del padre y la madre; cuales de sus equipos ganaba en las olimpiadas, quién tenía la mejor Travelina o los cuadernos de pasta dura, las plumas brillosas y los lápices de colores de doble punta.

Su rivalidad, tonta como todas sus apuestas, comenzó porque un día estaban jugando en el parque y sólo quedaba un columpio libre, y una se lo robó a la otra. Desde entonces Rosita se ha visto a sí misma con más autoridad sobre Ángela, sólo por el infantil hecho de que se puso a llorar y corrió donde su mamá. Ahora, diez años más grandes y con más experiencia en muchas cosas, Rosita también se veía como una diosa sexual que le podía enseñar de todo a sus amigas y tener la zozobra y admiración colectiva la enaltecía más, porque ante los profesores estaba al mismo nivel de estudiante aplicada de Ángela, que pasaba estresada de lunes a viernes cumpliendo con los deberes del colegio, pero que se iba algunos fines de semana al Centro de Guayaquil, a visitar a sus primas, con quienes iba a fiestas de vez en cuando. Y en una de esas fiestas conoció a su primer noviecito, el que mantuvo en secreto porque su mamá no le daba permiso.

Y ahora, reunidas detrás de unos salones del colegio, las dos chicas altas, se paran una frente a la otra con una chispita de complicidad irónica en sus ojos.

—¿Segura que puedes con esto? — el tono de voz de Rosita, agudo, burlón, ha sido el mayor tormento de Ángela

—Que no ande ventilando mis cosas como tú, no significa que no pueda.

Juntaron sus manos y las apretaron en un gesto formal, juvenil, aguado. Y ahí se daba inicio a la contienda final, una que implica estrategias diferentes: sin reglas, notas o uniformes.

Ángela empezó por el lugar más fácil y seguro, con su ex.

Era la segunda vez que le escribía para un reencuentro, y aunque no quería ir a un hotel, tampoco quería volver a la casa de él, donde estaría su mamá y sus sobrinos. La idea de volverlo a ver no la emocionaba mucho, porque ni uno sólo de sus encuentros habían sido la gran cosa. La falta de delicadeza en la preparación del ambiente, para ella, era lo que más detestaba de tener que verlo. Nunca había flores, chocolates, o por lo menos una copita de vino, una cervecita. Aun así, no repudiaba estar con él, porque, aunque no era lo mejor, sí hacía su mejor esfuerzo.

Cuando el carro llegó a la parada de la Metrovía donde se habían citado, ella salió del bus y se sumergió en ese callejoncito familiar, en medio de la avenida que incrementaba el frío que sentía, al frente hay un *KFC* que se le antojaba para el regreso a su casa. Cuando Carlos llegó, Ángela se imaginaba que él pediría un *uber*, o un taxi de por ahí, pero irían a un motelito que estaba cerquita, a cinco cuadras nomás.

Era la primera vez de ella, y trataba de tomarlo como si no fuera nada importante, todo el mundo lo hacía; trataba de pensar en otras cosas para ignorar a todos los trabajadores que están en la vereda y los ven pasar como si llevaran un tatuaje a la frente que apuntaba que iban a tener sexo, aunque era demasiado obvio, porque eran los únicos que entraron caminando y no en la comodidad del anonimato que ofrecía entrar en un carro.

Llegaron. Él pagó por la habitación más cara, tal vez en un acto de engrandecimiento varonil, y se fueron al cuarto de veinte dólares, que no era la gran cosa, pero estaba bonita. Todo es grande ahí: la cama, el baño, la televisión. Y no pasó nada romántico. Se desvistieron, se besaron y en uno, dos, y tres impactos, él ya había concluido su misión, dejando a Ángela perdida en su inconformidad. Luego de varios intentos por compensarla, con manos y dedos, Ángela se dio cuenta que sería más fácil fingir un orgasmo, por lo que gritó y se movió sin ritmo, preguntándose cómo sería realmente sentir uno, y después de unos minutos se escapó a la ducha pensando: *mucha emoción y poca acción*.

Al salir del motel, se convenció a sí misma que ese día sólo valió la pena porque la vergüenza de entrar y salir caminado de ahí la ponía un paso más cerca de ganarle a Rosita.

Mientras al otro lado de la ciudad, Rosita estaba parada en medio de la sección de libros infantiles de la librería en la que se habían citado. Cuando vio entrar a un hombre alto, delgado y super blanco, pensó: *es él*; y no se le acercó de una por un prematuro temor de rechazo, ya que él es una

persona mayor, del primer mundo, un extranjero de verdad. De repente se sintió muy consciente de ella misma: de su cuerpo, su estatura, incluso en cómo hablaba su inglés. Pero espantó esos pensamientos rápidamente porque no iba a dejar que Ángela le gane, no en un terreno que ella dominaba muy bien. Para algo su madre le había enseñado sus mejores trucos.

Salió de la librería evocando a su Lolita interna, con su cabello pintado de rosado, un sostén lleno de relleno que le enmarcaba unos senos provocativos, la piel satinada del sudorcito de la tarde, abrazada por la carne mesurada que tenía para su edad. Se armó de su seguridad juvenil que le daba la confianza suficiente para ponerse sus gafas de corazones y caminar hacia el hombre como si ambos tuvieran la misma edad. Se le acercó y le dice: *soy yo*, con un inglés que fluía de su lengua de manera provocativa. Y se sintió tan agradecida con su lengua adoptiva, ya que ella no sabía ni una gota de alemán, y él apenas decía unas palabritas en español. Levin, alto, blanco y rubio, le dio un beso en la mejilla y una gran sonrisa infantil que le llegó hasta los ojos. Sus manos inmensas se familiarizaron con la cintura de Rosita con mucha facilidad y ella se dejó llevar por él al patio de comidas, como si ese fuera su territorio y no el de ella.

La jovencita pidió dos milkshakes que el europeo pagó, y se sentaron a conversar como si se conocieran de toda la vida. Rosa, actuando con una madurez coqueta, le contó de su vida, robándose la identidad de su madre: vende seguros y artículos médicos, un trabajo bien aburrido, pero aun esta joven, explorando sus opciones, y *jijiji, jajaja*, presumiéndose. Mientras él le contaba su sobre su viaje a Ecuador.

—*Very nice country, con very nice girls.*

Y le agarró la mano como si fueran una pareja vieja, con años y años juntos, listo para perderse en las venitas de su piel y hacer que le cambien de colores. Y con esa promesa implícita salieron del *mall* y caminaron unas cuantas cuadras para llegar a su *Airbnb*, que era mil veces mejor que un motel, pensó Rosita, sintiendo la humedad acechando su cavidad hambrienta.

Levin había comprado vino, uno de durazno, bien suave y juguetón que picó en la garganta de Rosita cuando se tragó el líquido como si fuera cola. El suizo se fue poniendo cómodo: se sacó los zapatos y las medias y se sentó. Y verlo así le hizo pensar a Rosita que por qué se había esforzado tantísimo en arreglarse, con su blusita celeste de tiras y la faldita blanca, cuando él parecía un jugador de fútbol, con una camisa cualquiera, seguro de la selección de su país, y una pantaloneta.

Se sentó a su lado sin saber qué hacer, y el no perdió tiempo; se comportaba como un niño que quería comerse un dulce con desesperación; mientras ella se dejaba desenvolver sin misterios y con gusto, porque la expectativa incrementaba su excitación.

Una vez que estuvieron listos para empezar el combate, Levin se perdió en el baño para sacar una toalla y ponerla en la cama, sobre las sábanas, y ahí tomó a la joven, explorando todo el lugar: arriba, abajo, de lado, en el piso, en el sofá, en el mesón de la cocina y en la ducha. Rosita se sentía satisfecha, olvidándose de su lengua materna y rogando por la de él, en un inglés lascivo, como había visto en *Cincuenta sombras de Grey*; le habló en un idioma trabado en medio camino por la desilusión de un europeo que no le besó los labios, a pesar de estar dentro de ella.

Y por un minuto, distraída en su mente, se preguntó cómo le estaba yendo a Ángela, pero sacó el pensamiento de su cabeza bien rápido, para no espantar su fogosidad, y le pidió a Levin que pare, que quería estar arriba, como una jockey. Puso sus piernas a los lados de la cadera del hombre y lo cabalgó a gran velocidad, viendo como el suizo se deshacía debajo de ella, con una sonrisa bobalicona en su cara rosada. Cuando finalmente apoyó todo su torso sobre el cuerpo sobre Levin, él le susurró al oído: *really nice to fuck with you*; y ambos rieron.

Un mes después, listas para la rendición de cuentas, ya todos los involucrados en la competencia se habían enterado de la gran pesquisa de Rosita, quien no revelaba cómo había hecho para conseguir a un extranjero. Y ese chismecito ya le había otorgado la contienda completa a ella, por lo que Ángela, frustrada, maldiciendo el día que Rosa Benavides llegó a su vida, prometió que la haría pagar por robarle el mérito más importante de su vida, por el que se había sacrificado tanto, ¡hasta el punto de fingir un orgasmo! Quería que bajen todos los dioses y echen su furia celestial su némesis.

—Aún queda un mes, Rosa. Esto no ha terminado.

Sentenció Ángela con una voz cargada de rabia juvenil, esa que hace que se sienta en el punto del fin del mundo. Se acomodó sus lentes y se repeinó sus trenzas, como consolándose a sí misma del bochorno estúpido que todas las chicas creaban alrededor de ella sólo porque Rosita había anotado un golazo justo en su entrepierna.

Ese fin de semana, Rosita concretó su plan para salir con Eduardo, iban a un mini viaje a visitar una finquita que él tiene cerca de Naranjal. No se habían visto antes, así que se citaron en la entrada

del Comisariato, justo en 9 de octubre; ella sólo lo había visto en las fotos del perfil de WhatsApp: un hombre bajito, delgado, moreno. Su cara geométrica se veía desproporcional a su cuerpo. No le atraía, pero la voz de Ángela diciendo *esto no ha terminado*, la instaba a continuar con el plan.

Al verse, se reconocieron inmediatamente. Eduardo le regaló la misma sonrisa que Rosita vio en varias fotos: una sonrisa genérica que pretendía ser coqueta y le marcaba las líneas de la sien. Le dio un beso en la mejilla, con familiaridad, pero no de conocerla a ella, sino de haber hecho eso muchas veces. Parados afuera del Comisariato, en medio del gentío que iba y venía, parecían padre e hija, listos para un día familiar.

En el carro conversaron de lo más importante: su diferencia de edad, que a Rosita no le importaba, porque nunca salía con chicos de su edad, le parecían aburridos en la cama, al contrario de los mayores a ella, que tenían más experiencia y le dicen qué hacer, dónde ponerse, cómo moverse.

Al llegar a la finquita, Rosita se desilusionó al ver que en realidad era una casa atrás de unos locales, rodeada de montes. El hombre bajó del carro, no sin antes acercarse y besarla. Sus labios eran finos y secos, pero el beso era húmedo, con demasiada saliva, y la chica se empezaba a cuestionar seriamente qué hacía ahí, mientras veía la entrada de la casa. Por un minuto se imagina que la llevaría adentro y sobre ese piso sucio, sin una sábana, un trapo, nada, la desnudaría y la devoraría, pero desechó la idea, porque a pesar de todo, se lo ve educado y acomodado en la vida, y ella creía que la gente acomodada en la vida no tenía la voluntad para hacer locuras como esas.

Y al volver al carro, siendo la una y sin querer almorzar todavía, Eduardo comentó, inocentemente, que había visto unos nuevos moteles vía Milagro, que nunca había entrado a uno de esos y le daba curiosidad. Y sin ton ni son, Rosita le dijo que sí, si al final de cuentas ya sabía que eso era lo que pasaría, aunque también aceptó porque su libido quería y no porque él la estimulaba.

Volvieron al carro, a la carretera, y en media hora llegaron al motel que sorprendió a Rosita, ya que en este lugar no había absolutamente nadie en el exterior, ni una persona que la pudiera reconocer, que pudiera lanzarle miradas lascivas o de juzgamiento. Sólo estaban los espacios de parqueo que conducían directo a las habitaciones, y ahí se metieron, encerrados por el movimiento automático de la puerta del garaje. Subieron al cuarto: una mini suite, con una cama *King size* en medio del lugar, una pared de espejo enfrente de esta, con un sofá tántrico en medio de ambos; al lado derecho había una gran tina de baño, seguida por un palo de pool dance y una pelota de pilates.

La chica estaba tentada por usar todo lo que ofrecía el lugar, pero sin ninguna sorpresa, se encontró en un escenario familiar y rutinario de quitarse la ropa, a prisas, sin emociones. Eduardo se movía buscando que la cabeza de Rosita apunte directamente a su pene y ella, sin saber cómo zafarse, le puso las manos encima para jugar con él. No quería tenerlo en su boca, no le gustaba.

Lo masturbó un rato y luego Eduardo se trepó encima de ella, con su miembro erecto y se lo meneó sobre su rostro. La cabecita suave, mojada, peladita, se paseó por las mejillas y los labios de Rosita, que sólo sonrió falsamente ante el contacto inesperado.

Y cuando logró sentirse lista, caminaron al sofá tántrico, donde la chica apoyó la mitad de su cuerpo, dejando sus nalgas elevadas para recibir el impacto de Eduardo. Después de sentirlo dentro uno, dos, tres veces, Rosita se dio cuenta que se olvidaron del condón, por lo que lo hizo detenerse y sacó uno de su bolso para dárselo.

Pero él no quería. Que le quita la sensibilidad, que no es lo mismo, que ya empezaron sin eso, que para qué lo necesitan. Y ella no quería continuar así y no da su brazo a torcer. Cada vez su libido se iba apagando más y empezaba a tener miedo.

Se escondió en el baño, decidida a darse una ducha porque empezaba a sentirse sucia. Con asco no sólo de él sino también de ella. No era necesario que nadie la mire mal, porque en el espejo, se veía así misma con odio, por ser estúpida porque ni la bandera ni Ángela valían tanto la pena.

Al salir bañada, se encontró con el hombre en medio de la cama, dormido. Se recostó sobre la cama, a lado de él, dejando una distancia mínima e intentó relajarse, pero no pudo. Esperó unos minutos y cuando él se despertó, quería continuar, por lo que Rosita se resignó a tener sexo sin condón. Eduardo no se molestó en acariciarla, en darle besos tiernos, cálidos, sus dedos no se perdieron dentro de ella, no se mojaron de su salobridad. Nada. La volteó bocabajo y se volvió a sumergir en la chica, ignorando su murmullo de: *aun no estoy lista*. Rosita entró en un trance de conexión extrema con su cuerpo, tratando de disfrutar algo, de contraer sus músculos y lograr lubricarse un poquito, pero no pudo. Él, por su parte, estaba extasiado. Sus brazos se tensionaron, inmovilizando con fuerza las muñecas de la joven sobre la cama.

Para alivio de ambos, el derrame acuoso de esa leche sin sabor no se hizo esperar demasiado, y Eduardo lo chorreó sobre la espalda de Rosita, quien asqueada y sin decir nada, volvió a meterse al baño a bañarse. Se vistió, se maquilló, se peinó y salió de ahí como si nada.

El retorno a la ciudad fue calmado, sin mucha interacción, escuchando música y comiendo un chocolate a falta de comida de verdad.

Rosita pensó que después de todo, Eduardo la llevaría a comer, pero que no tenía tiempo, dijo que tenía que regresar a su casa. Y le dio diez dólares para que ella se vaya a comprar algo. Al bajarse del carro, con el dinero en su bolsillo, Rosita se prometió a sí misma dos cosas: primero, que no le contaría a nadie lo que pasó, sentía vergüenza; segundo, que no volvería a verse con un desconocido nunca más. Había sido su peor experiencia sexual y se sentía como una puta barata, que perdió todo su sábado por sólo diez dólares. Sentía que el karma si le había dado por donde más le dolía y no estaba dispuesta a no aprender la lección.

Sin comprar nada, a punto de subirse al bus para ir a la casa, sonó su teléfono; es su papá.

Ese sábado se complicaba más de lo necesario gracias a las recién aprendidas técnicas de seducción de Ángela, que había llevado una investigación ardua, con ayuda de sus primas, siempre cómplices entre las tres, y habían estado siguiendo a Rosa, de pesquisa en pesquisa.

Y en otro Comisariato, al otro lado de la ciudad, Angela caminó viendo las botellas de vino, como si supiera algo del tema. Caminaba despacio, pasando su mirada con detenimiento en los nombres de las marcas, sin encontrar en ni una el nombre de la que buscaba, la que ha visto tomar a su papá; y también aprovechaba la lenta marcha para ver al hombre que va delante de ella: alto, fornido, los antebrazos repletos de vellos y las líneas sus venas bien notorias. No habían pasado ni veinticuatro horas desde que lo había conocido y sin haberse visto las caras, terminaron viéndose desnudos. Ahora intentaba apreciarlo con calma.

Compraron un Smirnoff y se fueron, otra vez a un motel, para sorpresa de Ángela, que creía que irían a la casa de Christian, en una de esas villas de residencias. Pero esta vez sentía más confianza, porque entraron en un carro, y salió de este directamente a la puerta de la habitación. Amaba ese anonimato.

Con las luces apagadas y la música del celular de ella, crearon el ambiente para comenzar a besarse; su barba paternal le raspaba las mejillas. Se desmenuzaban la ropa de a poco, entre jueguitos, risas y tragos del Smirnoff que no hacía un efecto notable, y él se deslizó en ella. El hombre, encima de Ángela, cubrió todo su cuerpo, y ella, en medio del beso, abrió los ojos y se encontró con un rostro deformado y la boca desencajada, reflejándose en el espejo que había en el techo. Su mirada

recorrió la espalda de Christian y se centró en la ligera curvatura que da paso al inicio de sus nalgas; a medida que contraía esos músculos, impulsándose hacia dentro, calando más al fondo de la chica, su cuerpo chiquito rebotó sin voluntad alguna. Ella era delgada, esquelética, con la piel curtida, sin mucho busto o nalgas. Su rostro a juego con su personalidad y un buen *outfit*, la ayudaban a cazar hombres.

Aferró sus piernas con fuerza, apretándose a él para que llegue más adentro, pero en lugar de eso, se retiró de su cavidad que lloriqueó, y sin avisarle, la volteó posicionándola sobre sus manos y rodillas, al borde de la cama. Él se bajó de la cama, penetró a la muchacha y ahí continuó con un ritmo marcado y parejo.

Cuando él terminó, y sin otra cosa que hacer, Ángela lo convenció para bañarse juntos.

—Entra tú, déjame coger mi ropa primero.

Y el hombre, aún drogado por el éxtasis, se metió al baño, mientras una Ángela maquiavélica se vistió rapidísimo y se guardó todas las cosas de Christian en su maletita. Les escribió a sus primas, que ya, que pasen por ella, y salió del cuarto en un silencio dramático que se rompió con el golpe de la puerta cerrándose.

Ese sonido alarmó a Christian, que salió del baño.

—¿Ángela? ¿Ángela?

Pero ella ya estaba en el carro con Mariza y Mía, riéndose, sintiéndose gloriosa de sólo imaginar la cara de Rosa cuando se entere que ella, Ángela Peralta, se devoró al padre de su enemiga y lo dejó sin nada que cubra sus vergüenzas, en un motelito en medio de la Aurora.

Desechos

En la esquina de la casa hay dos semanas de pilas de fundas con aureolas de moscas, cascarras de frutas podridas y restos de comida, de las que se escurren líquidos por todos lados. Es el resultado de un arcoíris de podredumbre de los rincones de todas las casas, lo que entra por la boca y sale por otros lados: cabellos, pañales, toallas llenas de sangre.

La escena me hace pensar en una última cena, con el poste de luz en medio, como un Jesucristo que nos acompaña hasta las seis de la mañana, cuando apagan el alumbrado público. Sólo que esta cena se sigue llenando de alimentos día tras día. La gente sólo sale para dejar su contribución y regresa corriendo a la casa, quién sabe si agarran algo en el camino. A mí también me esquivan. Saben que paso todos los días metida en el hospital, trabajando turnos pesados que no logran ni una diferencia. La gente se sigue muriendo.

Todas las mañanas llego a la sala de descanso del hospital, esperando un chismecito, pero ni eso, ya la nadie anda para los más mínimos *rum-rum*. La depresión ha reptado todas las paredes y se ha instalado en cada uno de nosotros. Es una depresión importada, y por el mismo hecho de ser extranjera, es de calidad, más potente. Nos tiene a todos al borde del abismo.

Hoy Teresa me pidió que cubra su turno: hacer sus rondas y supervisar los internos, por lo que me toca quedarme hasta las siete de la mañana y no he dormido nada. Doblar turnos se ha hecho una cotidianidad que no te dobla el sueldo ni la cantidad de vidas salvadas.

Empiezo las rondas sin dejarme llevar por el apuro del aire, lleno de padres, esposas, hermanos; me lanzo en esa marea humana, empapada de lágrimas y dudas, que no logro responder. Paso por el tercer piso, con Sebastián siguiéndome como una sombra, y visitamos a Anita, una de nuestras pacientes más antiguas que se hacía atender por problemas renales pero que ahora está por el virus. Su piel está más aguada y fría. Anita se está pasando su fecha de caducidad, pero no podemos hacer nada más que esperar. El limbo de esta enfermedad sin norte, es un tanque de oxígeno y una silla para el tiempo, y esperar a que algo pase.

Pasamos por tres cuartos más, entre un concierto de signos vitales. Dejo que el chico haga las revisiones mientras yo observo desde la puerta. Es escuálido, alto y delgado: su torso, sus piernas,

sus dedos. Sus orejas y sus ojos son desproporcionalmente grandes, y su piel rosada resalta en el uniforme verde chillón. Se mueve sobre el paciente con gracia, sin que le tiemble el pulso.

A las doce suena mi alarma biológica anunciando la necesidad de un descanso. El peso de los cuarenta años y los montículos de piel que guindan de todos los rincones de mi cuerpo hacen que los pies me duelan. Despido a Sebastián por una hora y lo veo desaparecer tras las puertas del ascensor. Me dirijo a ciegas, por el instinto de la costumbre, al último cuartito del tercer piso, que pasa vacío y el camino me va sorprendiendo con un piso encharcado. No sabría decir con certeza si era agua, sangre o pus, tal vez, la viscosidad sólo me dejaba pensar en que era resultado de la muerte.

Dentro del lugar había una sola cama y varias mesas. En tan solo veinticuatro horas habían transformado la habitación en una morgue temporal, la temperatura está altísima, que casi no me atrevo a entrar, pero la curiosidad me mueve los pies.

En el cuarto se pintaba la caída de los muertos, una belleza única, escandalosamente atractiva. Me placía echarme entre esos tumultos y dejar que mis dedos fantaseen sobre aquellas pieles descoloridas. Están sobre una cama de cuerpos, unos sobre otros que es muy difícil distinguir de quién es ese brazo o esa pierna. El aroma que se despiden de sus cuerpos roza mis fibras íntimas, provocando que involuntariamente repose mi mirada en curvas, vórtices y falos. Ni uno tiene nombre y estoy segura que llevan días así, en la frialdad del resto de sus vidas.

El cansancio no me deja mucho tiempo para venerar los restos descompuestos, congelados y marchitos. Todo era un caos, cada vez había más y más personas amontonándose donde no había lugar para otra alma. Era una habitación con una orgía de pieles desvanecidas, ojos desorbitados, que me invitaban a unirme a ellos. Mi piel blanca escupía un éxtasis a mi sur en llamas, creando su propia viscosidad.

Es tan horrible, tan mórbido y de alguna manera me resulta muy excitante.

Abajo los reclamaban, los querían intactos para cubrirlos con llantos, ropa y tierra, pero el tiempo los había deslucido para los ojos amigos. Y eso no sólo pasaba en el cuartito, también lo veía en las esquinas de camino a casa, cuando salgo bien temprano y voy sentada en la última parte del carro, viendo aquellas semillas esparcidas pudriéndose, los cuerpos siendo los paquetes dentro de las fundas, acumulándose a lado de los postes. Era asquerosamente erótico.

Ahora que pienso en eso, compruebo que no haya nadie en el pasillo y me lanzo dentro del cuarto, cerrando la puerta con seguro. Mis manos sienten un cosquilleo familiar, de estar haciendo algo mal, cuando me he portado bien en los últimos meses, he hecho el trabajo duro, he estado aplicadita. Entierro mis uñas en mi piel. No debo hacerlo, no debo hacerlo, no debo hacerlo... Pero no puedo evitar desear explorarme y explotarme, enterrando mi mano en mi pantalón, acaricio mi monte y meto mis dedos sin piedad. Me llevo la salobridad que florece de mí y paseo mis dedos por los cuerpos, dejando un rastro de mi charco lechoso.

Esto es lo más cerca que he estado de la muerte, deseando colonizarla antes de que ella llegue a mí. Reprimo mi impulso de montarme, de clavármelos, sacudirme sobre ellos, colmarme de sus fluidos mezclados con los míos y descansar del terrible placer de gozar la carne expirada. Retiro mi mano del territorio prohibido y me largo de ahí, espantada de mi apetito corpóreo.

Bajo a la cafetería, me compro un té de manzanilla y me siento con las otras enfermeras. Debajo de la mesa cruzo las piernas, apretando mis muslos, contrayendo el abdomen, hasta sentir el placer autoinfligido desde adentro. Me tomo el té de un solo trago para mitigar mi ansiedad, pero no sirve de nada, porque en el instante en el que el calor de la manzanilla invade mi panza Sebastián llega y me busca para las siguientes rondas.

Mientras caminamos le pregunto sobre su internado, los estudios, la familia, pero me pierdo las respuestas y me concentro en el sonido de su voz gruesa y pesada, y me lo imagino gritando, debajo de mí, en el último cuarto del tercer piso. Y entre conversa y conversa, o engaño y engaño, lo llevo hasta el lugar sagrado, guiada por la tentación que sigue escalando, picoteando en mis pies como combustible y sin poder aguantarme más, meto a Sebastián dentro del cuarto.

Las carnes de mi cuerpo me ayudan a lanzarlo con facilidad sobre el piso apelmazado. Bloqueo la puerta con seguro e ignoro las protestas del chico, y entre los líquidos podridos del lugar, forcejeo para deshacerme de las ropas. Su seguridad de médico novato se ha evaporado y queda un jovencito que parece corderito, asqueado de la humedad que lo empapa, del suave olor de la muerte, de mi cuerpo desgastado y de las marcas de mis arrugas que me fracturan toda mi piel.

Lo empapo del condumio mortuorio y en medio de estos desechos humanos me doy mi propio banquete.

Comunión dominical

I. Saludo inicial

El sudor acumulado del día me recorre la espalda; siento el hilo húmedo descendiendo mi columna vertebral. Es precoz, a pesar del aire acondicionado del *Sweett and coffee*, que está muy lleno. Afuera, el tráfico se manifiesta con la orquesta de pitidos y un caldo de calor provocado por los gases de los carros y el montón de gente que se moviliza por el centro, mientras aquí adentro todos queremos una dosis de café para sobrevivir a nuestros viajes de regreso a casa. Y pensar en ese mismo trayecto hace que me cuestione seriamente mi necesidad de tomarme un café ahorita, pero no me muevo de la fila, por si acaso me arrepienta.

Observo el lugar, como si nunca hubiera entrado antes, como si no pasará comprando todos los días después del trabajo. Si sigo esperando, voy a quedar atrapada en pleno tráfico para ir al otro lado de la ciudad. Estoy harta de los viajes de más de media hora para pasar el día en un trabajo que no me da ningún tipo de estímulo.

Después de dos minutos, pido mi café y un sanduche de pavo, para llevar. Intento irme a un rinconcito, a esconderme, a esperar que llamen mi nombre, pero me quedo a mitad del camino, congelada. Creía haber escaneado el lugar muy bien, sin ninguna alerta de rostros familiares porque detesto quedarme haciendo vida social innecesaria. Y, aun así, cuando el señor que está detrás de la barra de las entregas, grita: *señorita Camila*, mi cuerpo se pone estúpido; como si no hubiese pensado en ese nombre por años, me atraviesa el fondo de mis memorias y me pica en partes que no deberían.

Sus gafas impiden que vea sus ojos de bruja, pero puedo verme a mí, claramente reflejada como un corderito con la cola entre las patas. Y cuando se saca esas películas oscuras, nos miramos con una sorpresa que se disipa mientras ella se acerca a mí, con una familiaridad extraña y me saluda.

¿Cómo estás?

Bien, bien...

Hace miles de años que no nos veíamos. Te ves espectacular.

Gracias, tú igual.

Mis piernas se sienten de gelatina de nuevo, como aquella primera vez en que nos escondimos detrás de unos salones del colegio. Historias de amores inconclusas de la adolescencia, sólo es eso, nada en especial.

Cuando retiro mi pedido me dispongo a salir, pero Camila no me deja, me agarra del brazo, como solía hacerlo en la juventud: pone su mano en mi codo y lo sujeta con una sutil fuerza, bien equilibrada, que decía “no te obligo a que te quedes, pero tampoco te puedes ir”.

Siéntate un rato, me pide, conversemos. Ha pasado mucho tiempo, ¿qué haces?

Bueno... trabajo por aquí, le digo.

¿Sigues viviendo con tus padres?

No, ya vivo sola, en la Garzota.

Me alegro mucho, dice metiéndose un mechón de cabello atrás de la oreja.

Intento apreciar todo su rostro, pero el anillo que tiene en su mano me distrae. Está casada.

¿Cuándo te casaste?, trato que mi voz suene normal, sin rastros de nervios.

Unos años después del colegio, cuando nos fuimos a los Estados Unidos con mi mamá. Los gringos están muy into las latinas, jajaja.

Ambas lanzamos una risa boba que se queda tendida en el aire, con una incomodidad fingida.

Ella actúa como si nada, como si no nos hubiésemos prometido ese futuro para nosotras: la boda, una casa con un gran patio y un ceibo, un perro, un gato y dos hijos. Planeábamos nuestro futuro escondidas en el confesionario. Sentía que mi corazón volvía a romperse, como si fuera la misma chiquilla de quince años que dejó llevar por la chica grande, experimentada, que usaba palabras y técnicas inventadas para engatusarme. Camila pertenecía a mis amores del pasado, era inexistente hasta hace media hora, pero no podía contener esas olas de recuerdos sobre mí. Me estaba ahogando.

Nos conocimos dos años antes de terminar el colegio y nos hicimos amigas en seguida, nuestros deseos irrefrenables de comernos el mundo nos acercaron más de lo que podíamos imaginar. Lo que pasó fue paulatino, sin previo aviso, fueron pinceladas de colores que poco a poco pintaron un cuadro abstracto. Quererla, estar con ella, desearla, fue su misión de ese año. Me convertí en su obsesión del momento, que escaló de un capricho cualquiera a un gran tormento amoroso que nos dejó secuelas a ambas.

Pero ahora, no deja de hablar de su esposo, un pastor cristiano, y que les va bien, que tienen dos hijos y una empresita acá, que a veces se van de vacaciones a los *Unites*, pero nunca piensa en quedarse, porque su vida está aquí. Porque hay algo que siempre la arrastra de regreso a aquí. Veo sus labios moviéndose, de arriba abajo, votando sonidos que me golpean donde sus dedos me habían golpeado y mis muslos se recogen estremecidos por el recuerdo una excitación juvenil.

Me remuevo incomoda.

II. Acto penitential

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Porque hablo sin pensar; no debería estar aquí, perdiéndome el recreo y el ensayo de la confirmación en la iglesia. Quisiera enojarme con Camila, pero fui yo la que se metió en su discusión con la monja.

Sabes que tenía razón, me dice suavemente, sentada a mi lado.

Puedo notar que le disgusta verme en problemas por su culpa, pero no lo dice. Nunca lo dirá. Ni una de las dos es capaz de poner en palabras lo que pasa entre nosotras.

Camila camina hasta su banca y coge la tijera de su mesa, luego busca otra en otra banca y entrelaza las dos tijeras. Me las da y dice que eso es lo que deberíamos estar aprendiendo en la clase de Educación sexual, pero no nos enseñan esas cosas porque no es bien visto por la religión. Dios no perdonaría a las monjas por enseñarnos esas cosas. O peor aún, el comité de padres.

Miro las tijeras fijamente tratando de imaginar cómo dos pares de piernas pueden encajarse de tal manera.

Si quieres te enseño.

¿Enseñarme qué?

Camila se acerca, me mira burlescamente y responde: *cómo se hace.*

Planto mis ojos sobre ella mientras mi cerebro trata de deducir si es una broma o no. Camila está loca, sin embargo, no deja de asustarme lo mucho que me atrae. Desde que llegó al colegio, ha sido la personificación del caos: vivaz, irreverente, dándole lata a las monjas mofándose de su mala fama que se había creado alrededor de su nombre, pero, sobre todo, provocativa ante mis ojos.

Durante las siguientes semanas, no podía evitar pensar en mi encuentro con Camila. Las clases ahora se me hacían aburridas, sin sentido. Creo que me había infectado de algo, me estaba adormitando tanto, que no escuché cuando dijeron que escojamos a alguien para el trabajo en pareja de la siguiente semana.

Así que nos toca juntas, me susurra Camila sentándose a mi lado, *¿quieres venir a mi casa después de clases? Paso sola, así que tendremos tiempo para adelantar el trabajo sin que nadie nos moleste.*

El sueño se me escapó. Mi cuerpo entero se sentía incapaz de comprender lo que estaba pasando, que no me di cuenta de mi respuesta: *sí, ¿cuándo?*

Ven mañana.

Ella atrapa un mechón de mi cabello y lo pone detrás de mi oreja. El contacto de nuestras pieles es tímido, un roce sencillo, sin pretensiones. Nos sonreímos.

III. Señor, ten piedad

Los domingos en la tarde teníamos que dar la clase de catecismo al grupo de ocho años. Para ella no era una tarea difícil, porque su edad la posicionaba en un rango de superioridad que no sólo le daba el respeto de los niños, sino que hacía que la admiren, que sea la profesora favorita. Mientras que yo era la aburrida que no tenía tiempo para compartir con ellos porque tenía que revisar los deberes de los niños y terminar los míos.

Y mientras estoy sentada en una banqueta del patio del colegio, miro a Camila corriendo por la cancha, jugando con los niñitos, revoloteando como un gran avispon en medio de las maripositas frágiles, coloridas. Su cuerpo estirado y delgado se mueve con gran inconsciencia de sí mismo, provocando.

Cuando se cansó, se vino a sentar a mi lado y empezó a quejarse de las clases. Yo seguía leyendo algunas de las respuestas sobre qué es el pecado y por qué Judas merece el perdón.

Qué vamos a hacer con las clases de religión en nuestro futuro, dijo desbaratando la pila de cuadernos por revisar, no tiene sentido. Sólo he aprendido que Dios nos va a castigar a todos, es la conclusión de cada clase, es el mantra de esas monjas.

Si esa era la conclusión, no tenía sentido que Camila esté enseñando cosas en las que ella no creía, pero trataba de no darle tanta atención a su parlamento, porque si lo hago terminaré aterrizando en su misma idea: ambas estábamos viviendo una religión forzada por nuestros padres, porque qué más se podía hacer. Que el mismo Dios baje y nos castigue si nos atrevemos a decir que no creemos en nada de lo que nos enseñan.

Después de la iglesia, nos vamos a su casa para terminar nuestro proyecto del colegio. Caminamos sin prisa, disfrutando la sincronía de nuestros pasos y cuando llegamos nos sentamos a hacer el trabajo sin hablar, y me siento tan consciente de mi existencia: mis manos sudorosas, mi garganta tragando saliva, mis muslos contrayéndose. De vez en cuando nos mirábamos y sonreíamos.

¿Puedo hacer algo?

¿Qué cosa?

Lentamente ese rostro cuadrado, moreno, con sus ojos hundidos, la mirada caída y una nariz pronunciada, se fue acercando a mi rostro desperfilado, abultado por la inseguridad y la ansiedad. Escuchaba mi corazón reventando en todos los rincones de mi cuerpo.

Sus labios hundieron los míos: eran suaves, tiernos y sabían a vainilla. El minúsculo movimiento de cuatro labios provocaba una fuerza incontrolable sobre mis manos; quería perder cada uno de mis dedos en ella, recorrerla por afuera y por adentro. Nos tomamos el tiempo necesario buscando nuestro ritmo, fuera de tono, chocándonos, sintiendo dientes y lenguas.

Mi cuerpo estaba tentado por más y Camila me leía muy bien. Pasó sus manos por mis senos y los apretó con fuerza, centrándose en mis pezones. No sabía la vitalidad que podía surgir de ellos. Esos pequeños pedazos de carne eran los botones que me transportaban a un universo corpóreo, activaban la lubricación de ese cofrecito entre mis piernas y comprendí que esta es la educación sexual de la que Camila siempre estaba hablando.

IV. Liturgia

No sabía si estaba viviendo mi primera relación, pero no me importaba.

Había descubierto la necesidad de fundirme en su piel, embriagarme de ella y su olor a vainilla. Todos los días buscaba excusas para pasar en su casa, aunque una parte de mí sentía el temor escalándome, como algo que me decía que no estaba actuando bien, que me había descarriado del camino. Una parte de mí tenía tatuada la religión justo en la espina dorsal, pero al resto no le importaba. Y ese temor era doble, porque el poder que Camila ejercía sobre mí era arrollador.

Al llegar a su casa Camila abrió la puerta de inmediato, mi sombra no terminaba de diluir su silueta sobre el asfalto cuando ella me engulló hacía adentro. El golpe de la puerta al cerrarse fue premonitorio, fue un revoloteo en mis entrañas; la madera se fundió con mi espalda, sentía el peso del cuerpo Camila aplastándome con fuerza. Al igual que el beso que me dio, fue violento, salvaje, me provocaba un ardor que me llegaba a otros lados.

¿Quieres que pare?, susurró sin soltarme.

No..., apenas y pude responderle.

Me sabía de memoria el camino hasta su cuarto. Su casa era un habitad de soledad para ella, su madre pasa trabajando todo el tiempo y su padre brilla por la ausencia, las había abandonado hace años y no estaba interesado en mantener contacto con su hija, lo que obligó a Camila a que dejó sus estudios por un par de años para quedarse en la casa de su abuela, cuidando de ella mientras su madre se acomodaba entre dos trabajos los siete días de la semana.

Camila tenía una herida latente en su pecho, en esa bombita que no sangraba porque estaba viva sino porque le dolía ese aislamiento en el que estaba y con cada toque que me daba me decía que quería perderse en mí.

Al entrar a su cuarto volví a ver las fotos en las que su padre había sido violentamente eliminado y mi estomago se encogió, pero no tuve tiempo a reaccionar porque Camila cogió y me tiró sobre el colchón. Las sábanas protestaron, pero no las íbamos a necesitar de todas maneras, al igual que la ropa. El salvajismo inicial de Camila se había disminuido un poco, pero seguía igual de ida en su propio mundo, como si tratase de encontrar un tesoro que parecía enterrado en mí. Las luces

estaban apagadas, pero podía notar sus ojos grandes y perdidos. Era una silueta ansiosa. Metió sus dedos en mi short y pasó la barrera de mi calzón. Era la primera vez que los pliegos de mi piel se abrían de tal manera. Sus dedos acariciaron los vellos de mi monte, jalándolos, lastimándome mientras me provocaba placer.

Las sensaciones me tenían confundida.

Esas pequeñas punzadas de dolor eran bombas atómicas que provocaban convulsiones en mi cuerpo, sólo de la expectación, de querer más, de ser de Camila. Mientras sus dedos danzaban en círculos dentro de mí, ella me mordía los hombros, los pechos, los labios: toda yo era comestible. Nos desnudamos con desesperación, deteniéndonos en cada esquina, curva o rincón que no habíamos visto, sentido o lamido.

Cuando terminamos, Camila apoya su espalda contra la pared y yo me recuesto en sus piernas, como si recreáramos a San Francisco de Asís en éxtasis, la pintura de Caravaggio que habíamos visto en el libro de religión.

V. Eucaristía

Cuando abro los ojos me doy cuenta que es domingo. Mi cuerpo entero se queja de los movimientos mínimos por levantarme, pero los gritos de mi madre diciendo que me apure porque se hace tarde para la misa, son más insoportables. Hoy es la primera comunión y no puedo darme el lujo de faltar.

Estando en la iglesia me siento en la parte de atrás, rodeada de mis padres y mis hermanos, sin poder guardarle un puestito a Camila para que vea la ceremonia conmigo. Me santiguo, rezo el padrenuestro, y cuando voy a comulgar, luego de ver mis niños de la catequesis en comer su hostia por primera vez, pienso en *ella*.

Camino por el estrecho pasillo en una eternidad de caras felices, infantiles, y cuando llega mi turno el padre me mira de manera vacía y dice: *el cuerpo de Cristo*; abro mi boca, saco la lengua y ahí se posa esa lamina redondita que se siente como la comunión del cuerpo de Camila y su vino blanco agridulce, sus hostias enmarcando el inicio de su torso, nuestras piernas aferradas uniendo los calices. Al darme la vuelta para regresar a mi puesto, me encuentro con la dueña de mis pensamientos pecaminosos y nos sonreímos.

Cuando la misa se termina, los niños hacen su salida tal como lo habían ensayado, como yo misma lo haré en una semana en mi confirmación, y salgo atrás de ellos para buscar a mi amiga. Con mis padres atrás de mí, ansiosos por conocer a la persona que se ha hecho famosa de boca en mi casa, que me ha robado de las dinámicas familiares porque paso metida en casa ajena, y con ellos viene una sombra que me encoge la panza, de nuevo. Me rasco la cabeza y me aferro a mis brazos, como si tuviera frío. De repente mi corazón comienza a acelerarse en una carrera mortal contra sí mismo.

Mis ojos almendrados, igual a los de mi padre, y mi cuerpo enano como el de mi madre, saltan con fuerza para llamar la atención de Camila cuando la veo a la distancia, a través del mar de gente que nos separa. La llamo varias veces hasta que me escucha y le hago señas con la mano.

Ven, ven, le grito.

Su mirada pasa de mi a mi papá, a mi mamá, a mis hermanos y luego a mí de nuevo. De lejos y sin mucha certeza, siento que sus ojos hundidos se retraen más, y como nunca, la veo huir como una ratita asustada que se pierde entre la multitud. El camino de regreso a casa es una retahíla incansable de mi padre diciéndome que no quiere que me junte con esa chica, que es una malcriada, que por gusto mi mamá me da tanto permiso, que no quería escucharme hablar de ella nunca más.

Al día siguiente, luego de la misa del colegio y de pasar buscando a Camila toda la mañana, me meto en el confesionario y la encuentro ahí, como alterada por el sonido de la puerta abriéndose, mostrando mi cara.

Ave María purísima, le digo en broma. Me siento a su lado e intenta besarla, pero ella me esquiva así que lo vuelvo intentar.

Julieta, ¿qué haces?

¿Cómo que qué hago?, le meto una hebrita de cabello detrás de la oreja, imitando lo que ella ha hecho varias veces, y noto como se encoje ante el roce de nuestras pieles. *Ayer quería presentarte a mi familia, pero te fuiste, ¿está todo bien?*

Sí, sí, pero...

Sus intenciones son tan claras que me aterra, sus ojos están nítidos, honestos, como nunca antes. No le veo ese aire juguetón; es una Camila apagada.

Y yo me acerco a ella sin piedad, tratando de revivir su chispa, y la acorralo, la beso impulsivamente tocándola por todos lados. Y ella me pide que pare, susurra que no ya no está segura de lo que estamos haciendo, que necesita tiempo para pensar, pero no quiero escucharla. Hasta su mismo cuerpo la traiciona, acostumbrado a mis toques no duda en ceder ante y se va escurriendo poco a poco sobre mi mano, mojando su calzón, manchando el confesionario.

VI. Bendición final

Después de ese día Camila me cortó por completo sin darme explicación alguna. El amor, que creció tan rápido, impactándome con la sonrisa escuálida de ella, así mismo se fue. Se retiró del año lectivo y no nos hemos visto desde entonces.

Ahorita, al verla sentada frente a mí, me pregunto si logré resolver mis dudas. Ella sigue igual de hermosa, pero ya no se la ve vivaz como antes. La escucho hablar sin parar, de lo increíble que su vida es ahora, pero las palabras salen sin sentidos. Mientras la escucho me meto los pedazos del pan con pavo, sintiendo el sabor del orégano mezclado con tomate seco. A Camila, en medio de su discurso, se le cae un trozo de chocolate en su camisa, pasando por el escote de su blusa y la mirada se me aguza, curiosa, ansiosa por ver territorios conocidos.

En el taxi, de camino a su casa, Camila me confianza que, a pesar de todo, me quiso. Fuimos un experimento prematuro de lo que era estar con alguien y aunque no sabíamos lo que hacíamos la mayor parte del tiempo, fue especial e importante para ella. Odiaba que nos teníamos que escondernos detrás de los salones, en los baños, en el auditorio, en su casa. Después de todo, era más fácil esconderse en el cuerpo de otra persona que no sea yo.

Me quedo prendida en su anillo de matrimonio y sin pensarlo, me lanzo sobre ella a besarla, en parte con el temor de que me rechace. Pero no lo hace. Mi comportamiento es errático y ella me responde el camino del reencuentro. Paso mi lengua sutilmente por su labio superior, luego por el inferior y la beso. Mis manos se acunan en su cuello de satín, que se ha arrugado un poco con los años. Quiero volver a trazar un mapa sobre ella para guiarme a sus lugares maduros, a los lunares sobre su barbilla, sus articulaciones, la mancha a lado de su ombligo. Quiero reunirme con mi familia, pero ella se desprende de mí abruptamente.

Cuando llegamos, siento que entro a una dimensión desconocida, en unca casita fifí en una zona residencial, es grande, espaciosa y está llena de fotos familiares. Su esposo y sus hijos son rubios,

hasta su perro se es de buena raza. Pero lo que más me llama la atención de toda la exposición de fotos, es aquellas donde está con su mamá y mi papá. Y me comienzo a sentir mareada mientras voy viendo cómo esas fotos se extienden de ella a sus hijos; siento como si las paredes vayan a cobrar vida en cualquier momento y estrangularme hasta hacerme implosionar y terminar en polvo.

Cuando mis ojos se encuentran con los de Camila, ella me mira con la misma complicidad de hace quince años, como si no haya pasado nada de tiempo. Nos sentamos y ella comienza a sobar mi brazo tiernamente y es ahí, con el mareo azotándome la cabeza, que me doy cuenta del parecido extremo entre ella y yo.

Tranquila, me dice. Toma mi mano y me guía hasta un cuartito para repetir la receta corpórea en las que nos habíamos perdido años atrás, y ahí está su esposo, el pastor.

El hombre huele a producto importado; es alto, casi rosado con las venas azules bien marcadas. Se acerca a mí y me besa enterrando su lengua sedosa con sutilidad, pero con firmeza. Sabe a religión con unos rasgos de Camila. Pero yo ya no quiero pecar, no así, ya no con ella.

Y me es imposible escapar de ahí.

El pastor me dice que no me tengo que preocupar, que todos venimos de un mismo dios, y me encaja sobre Camila. Me aprisionan con sus extremidades y me arrancan nuevos padrenuestros, versiones más finas, con nuevos santos invocados con el poder de sus cuerpos celestiales.

Juntos, nos convertimos en beatos que despliegan sus creencias en la santidad corpórea.

El festín de Freud

*“El orgasmo es el gran comedor de palabras.
Solo permite el gemido, el aullido, la expresión infrahumana,
pero no la palabra.
—Valérie Tasso.*

En la última casa de la esquina derecha, cerquita del río, con una vista panorámica del otro lado de la ciudad, vivía el excéntrico señor Doctor Simón Froi; en estos mismos instantes se estaba preparando para su gala anual, a la cual asistían sus más cercanos amigos.

Durante las últimas dos semanas, su arsenal de quince empleados, se dedicaron a pulir la casa de arriba abajo, ordenar juguetes nuevos, poner sabanas limpias de hilos de ocho hebras en los siete cuartos adornados con espejos, batonas elegantes de la tela más fina, importada directamente de India, y almohadones con plumas de los colores más extravagantes que pidieron de Francia.

El Doctor Simón Froi había mandado a pintar retratos de sus invitados y los había colgado en la mitad de la habitación. Cada uno de esos cuadros tenían el mismo juego de colores, en tonos fríos: azules, rojos, rosados, y tenían líneas gruesas trazadas con negro. El dibujo tenía un jardín inundado de hojas secas y sobre estas, estaban los hombres y mujeres. En los cuadros, sus amigos estaban cubiertos sólo por un manto celeste, en posiciones provocativas, tocándose y mostrándose sin vergüenza alguna, dejando sus sexos cubiertos por el sagrado corazón de Jesús, rodeado de la corona de espinas y un resplandor amarillo que les choreaba por las piernas.

Por su parte, el Doctor Simón Froi se estaba alistado con mucha presteza desde el inicio de ese mismo día. Se aseguró de dormir temprano la noche anterior, tomándose una buena pastilla que lo mande directo a la cama, y se despertó temprano para su primera cita del día, con su masajista, quien tenía la ardua tarea de aflojarle los tendones y dejarlo afiladito para las actividades de esa noche. La mujer, que había fungido la misma labor durante los últimos cinco años de celebración de la gala, masajeo el cuerpo viejo, y le quitó lo más que pudo los residuos de la ciencia.

Su segunda cita fue con su equipo de belleza, que no tenían la magia suficiente ni los conocimientos del Doctor Simón Froi en la ciencia, para revertir sus estragos de vejez, las líneas

finas que le cuarteaban el rostro y que había acumulado en años de encierro, pegado a papeles y libros, en ese trabajo incansable que le quitó el color de todos los vellos del cuerpo y lo arrimó a consumir sus pasiones extremas.

Posterior a eso, se vistió con su traje de gamuza. Tanto el pantalón como su saco eran de color rojo vino y tenían bordados siluetas de cuerpos, algunas iniciales de nombres, y en la basta izquierda del pantalón, la fecha de la quinta gala que llevaría a cabo en su casa. Cuando comenzó a hacerlas, no estaba seguro del éxito que tendría, porque su amistad con los demás implicados se había mantenido sólo por chat; y a medida que cada año avanzaba y el éxito aumentaba, también lo hacía la extravagancia en sus preparaciones, en la comida, en los juguetes y en su propio comportamiento en la mesa, como en la cama.

Todos sus vecinos sabían que esa noche era *la noche*. Nadie lo había publicado en redes sociales o algún noticiero; de hecho, el Doctor Simón Froi había dejado de ejercer hace muchos años. Y ya casi nadie sabía nada de él. Muchos de los chismes alegaban que ya no podía atender a la gente porque él mismo necesitaba ser atendido, y cada una de sus ocurrencias afirmaban lo que los demás ya creían. Por eso la mayoría prefería irse de la urbanización esa noche. O de ser posible, de la ciudad misma.

Porque sí había algo que detestaban más que el tráfico del centro a medio día, con el sol en su punto más abrazador, era tener que estar cerca del lugar de los hechos de uno de los eventos más famosos y pintorescos del año; la gala, El club de los siete, Los Escrilocos. Era ese chisme del que todos hablaban, pero no en voz alta.

A las ocho en punto de la noche, con una sonrisa más grande que la curvatura de su bigote, el Doctor Simón Froid prendió su computador y puso en reproducción continua *Lacrimosa*. Y los parlantes de su mansión, estratégicamente colocados en el comedor, el salón principal y en los cuartos, a cada lado de las camas, desprendieron las notas del *Réquiem* de Mozart como si fueran aire rojo que muy lentamente iba intoxicando el lugar entero.

La serotonina en el Doctor Simón Froi se iba despertando.

Y antes de ir a recibir a sus invitados, pasó por el comedor a comprobar que la comida esté servida en las bandejas correctas con las porciones correctas y los números correctos.

—¿Todo en orden, Monsieur? — le preguntó O., uno de sus más preciados empleados.

—¡Esplendido! — gritó eufórico, regalándole los dos pulgares arriba a O., quien estaba vestido como Riff Raff, con peluca incluida, porque al Doctor Simón Froi no le gustaban las cosas a medias, menos aún en la noche de la gala. Y, también porque estaba obsesionado con *El show de terror de Rocky*.

Salió del comedor, ahora sí, dispuesto a recibir a sus invitados, que no se hicieron de esperar.

El primero en llegar fue Jorge Batalla, desplegando la mejor de las elegancias posibles, con un terno lleno de pinturas eróticas, como Neptuno y la Ninfa, El amor victorioso, La creación de Adán, La venus dormida, y muchísimos más, que se aferraban al escritor encantados, dejando en claro las prominencias de su cuerpo.

—Jorge, un gusto como siempre. Nuestra hermosa Simone está lista para acompañarte al Salón.

Y dos minutos después arribó Anais Ninfa acompañada de Henry Milla, ambos con trajes tono piel, que asemejaba sus cuerpos desnudos; e inmediata mente llegaron los demás participantes de la gala: David Herbert Lorenzo, o como le decían sus amigos de la gala, D. H. Lorenzo. Tenía un vestido tejido con el decálogo de la profanación, que habían creado en el segundo año de la gala. Donatello Alfonso Francisco de Sade, vestido con un pijama de seda rosa palo, que dejaba al descubierto su pecho desnudo, lleno de marcas que trazaban un mapa escabroso en todo el torso. Y, por último, Doménica Aura llevaba un vestido negro, con tirantes que cubrían solamente la aureola de sus senos y sostenían una falda tubo.

Cuando los siete estuvieron finalmente juntos, primero tomaron un poquito de café bien cargado en medio de una charla suave y después se encaminaron al comedor, esperando ver con qué los sorprendería el Doctor Simón Froi este año.

La mesa estaba llena de candelabros con velas aromáticas, rosas marchitas y restos de cascara de frutas que fungían como abono para los cuerpos que estaban tendidos sobre la gran mesa. Esos cuerpos vivientes no eran solamente los recipientes, también eran la cena: la entrada, platillo fuerte y postre. Estaban cubiertos con sus pieles y el festín que se devorarían los escritores. Tenían frutos secos en los nacimientos de las entrepiernas, carnes que adornaban las colinas de los múltiples senos y como no, se incrustaron manzanas sobre las bocas de los cuerpos-bandejas. O. y Simone

los condimentaron todo el día con salsa agridulce, por lo que tenían todo el rocío de los jugos a flote.

Comieron entre una conversación ligera, copas de vino y tensiones incrementando en el cuerpo de los comensales, que al llegar no sólo fueron recibidos con un saludo cordial, sino también cándido.

El Doctor Simón Froid les había insertado plugs a sus amigos y bolas chinas a sus amigas.

El sonido de *Lacrimosa* era cada vez más distante, suplantado por los cubiertos chocando entre sí, sacando toda la salsa de la piel esponjosa que tenían delante de ellos, tratando de dejarlas limpias para luego ensuciarlas de otras formas.

Poco a poco, mientras iban terminando los dos primeros platos, se fueron levantando de la mesa, haciendo una leve reverencia y diciendo:

—Doctor Simón Froi — y se retiraron a comer su postre.

Tenían hasta media noche para degustarlo como deseaban.

Anaís se fue a la última habitación, con las tres personas que le tocaron, y lo primero que hizo fue revisar las instrucciones que el anfitrión le había dejado. Comenzó a desvestirse, asumiendo su rol como la dominante en el cuarto. Seguía aguantando ese dolor dulzón que se estaba sembrando en su cérvix, pero sentía que era su deber sagrado absorberlo lo más posible, mientras usaba a los tres hombres como muñecos y los posicionaba en cuatro puntas. El Doctor Simón Froi, diligente como siempre, le había dejado todo tipo de varas y fustas, que usaría por orden de tamaño, desde la más fina a la más gruesa.

En el tercer cuarto estaba Donatello, quien al entrar al cuarto buscó la carta con las indicaciones, y sin leerlas, las botó a la basura. Se desnudó rápidamente y le ordenó a la pelirroja que le tocó que se ponga el arnés con dildo. La edad ya no le permitía describir con el cuerpo los escenarios que escribía con su pluma.

Mientras que más jóvenes y más avariciosos, Doménica y Henry formaron un cuarteto, y se perdieron en una lluvia salvaje de extremidades desprendiéndose de diferentes orificios. Henry enterró su lengua en su amiga: lamió, sopló y mordió con ligereza. Y ayudó a que la penetren, mientras su chica ponía el nacimiento de su cuerpo sobre la boca de Doménica, que copiaba con su lengua lo que Henry le hacía a ella.

Al contrario de los demás, David mantuvo sus actividades sencillas. Tomó a sus dos hombres, aun sucios de comida, y les pidió que se masturben el uno al otro, mientras él se quedaba en la cama viéndolos, ordenando que se hagan todo lo que se le ocurría, pero no se dejó tocar en toda la noche. Se reservaba exclusivamente para su querido amigo, el Doctor Simón Froi, porque no había nadie que lo merezca más.

Mientras que Jorge, sentado en la cama del primer cuarto, miraba a la chica que le tocó y no sentía excitación por ella. No era a la que quería para sus fantasías perversas, así que le pidió que busque a Simone y la lleve al cuarto. Sabía que ella no se negaría, así que esperó a las mujeres, desnudo, sin el plug entre sus nalgas, casi a medio camino de estallar.

Cuando Simone llegó, aún tenía su traje de Magenta: un short negro corto y un corsé rojo, y Jorge la besó con desenfreno y ella le respondió con una cachetada.

—¿Me harás caso?

Él asintió con la cabeza y se puso de rodillas en el piso.

Simone se agachó, sacó las bolas que tenía metidas y se las dejó en la boca a Jorge. Cogió a la otra chica y empezó a lamerla desde los pies, subiendo hasta llegar a su cuello y le ordenó que la desnude, y que se acueste en la cama. Le pidió a Jorge que se levante del piso y amarre a la mujer sobre la cama, dejándola completamente inmovilizada.

Simone tomó un consolador de doble cabeza y se lo dio a Jorge, quien comenzó a estimular a la mujer en la cama insertando una de las cabezas entre sus labios húmedos, mientras Simone echaba su cuerpo encima. Quería devorarle los senos por completo, sacarle los restos de naranja y succionar lo agridulce que había absorbido sus pezones. La determinación y fogosidad de Simone provocaba que una leche prematura salga de Jorge, que no se pudo aguantar y se enterró en ella con una pasión desmesurada que sólo Simone sabía provocarle.

Fuera de los cuartos, el Doctor Simón Froi caminaba despacio, escuchando la orquesta de gritos y gemidos que habían aniquilado completamente a Mozart. Si había algo que le gustaba más que comer sus alimentos, era saciar el hambre carnal que tenían los demás. Le gustaba controlar todo porque era la única manera en la que podía obtener una comida que lo satisficiera por completo. Elegía los ingredientes, le temperatura de cocción, las especias y condimentos. Sabía cómo debía

cocinar cada uno de esos apetitos porque los había estudiado durante toda su carrera. Y con su festín anual, los Escrilocos tenían nuevo material para sus libros por un año más.

Cuando llegó el turno del Doctor Simón Froi, sus fieles súbditos entraron uno a uno al cuarto, como niños educaditos a la espera de recibir su pedacito de dulce. Y no había nadie más emocionado y erecto que el anfitrión.

Se recostó sobre su cama haciendo una ola con sus brazos, como si fueran pétalos abriéndose, y cayó sobre el colchón formando una cruz, una estampa perfecta de la ciencia, la religión y sus obsesiones sexuales. Quedó ahí sin moverse y sus amigos le cayeron encima, sacándole la ropa como bestias en celo, ansiosos por llegar a la puntita del Doctor Simón Froi. Se rozaron todas las extremidades y formaron un ciempiés humano que succionaba los líquidos sagrados prematuros. Y de todos los del grupo, Anaís como la ninfa fogosa que era, reptó sobre el montículo de pasita del anciano y gritó conjuraciones imaginarias, de un placer fantasmal que no la llevaba a ni un lado.

Retiró sus labios del falo descarado y con la ayuda de sus amigos, posaron casi treinta dedos sobre él, lo tocaron con suavidad, le hablaron con cariño, creando una orgía pequeña de falanges mientras se besaban y confundían salivas, sudores y otros fluidos. Y cuando el Doctor Simón Froi sintió una chispita, les dijo que sí, que ya iba a pasar, que se pongan en posición para alimentarse de la leche de calidad que les gustaba tanto y por la que tenían que esperar tanto tiempo.

Se sentaron sobre sus rodillas, sacaron la lengua, cerraron los ojos y esperaron, esperaron y esperaron, pero esa lluvia cremosa y cristalina nunca llegó, lo cual asustó a todos. Sin decir nada, sin mirarse a los ojos, se fueron retirando lentamente, retrayéndose en la incredulidad de ver a su dios libertino incapaz de cumplir con la promesa carnal de todos los años, de alimentarlos de verdad desde su única y preciada fuente.

Y el Doctor Simón Froi, sin saber cómo rendirse, escandalizado de sí mismo y odiando a la biología, empezó a flagelar su falo traicionero que no daba señales de vida.

—Oh, no.

Y se tiró al piso a llorar como un chiquillo temeroso de mirarse al espejo, porque sabía que encontraría un monstruo anciano, patético.

Juegos infantiles

“El perfume del incesto no lo tiene otro amor.

-María Félix.

A los cinco años Mariana y Tomás jugaban al papá y la mamá, ponían todos sus peluches alrededor de su mesita de juegos y se vestían con ropa de sus padres. Mariana usaba el vestido rojo de su mamá, que tenía un gran escote en el pecho y en el lado derecho de la falda; se calzaba los zapatos de taco, se pintaba los labios y las mejillas y se ponía algunos anillos. Tomás era más simple, usando solamente un saco negro de padre y un anillo. Y así, como papá y mamá, se sentaban a la mesa juntos con sus veinte hijos, entre los cuales estaban Mickey Mouse, una Pucca vaquera y un *Winnie the Pooh*.

Cuando la adolescencia brotó del cuerpecito infantil de Mariana, el cambió la arrasó. Los granos en el rostro se retrajeron en una línea tersa y suave, mostrando unos labios inexpertos, carnosos. En sus ojos se notaba la misma viveza que resaltaban sus pechos, como roquitas condensadas con un deseo prematuro de ser amasados. La joven ya no se interesaba en pasar tiempo con su hermano debido al florecimiento de sus primeras ensoñaciones amorosas.

El enamoramiento inminente de Mariana constituía olas de rabias para Tomás, que se sentía perdido en el mundo. La separación era asfixiante. Sin darse cuenta, se había convertido en un chico raro, retraído, se la pasaba días enteros estudiando y leyendo, sintiéndose orgulloso del hombrecito erudito en el que se estaba convirtiendo. Nadie ponía en palabras las diferencias marcadas en los mellizos desde que habían crecido. A medida que Mariana exploraba las trivialidades de su vida juvenil, su hermano se iba adentrando con una sutileza imperceptible, en un pantano de saberes.

A los diecisiete años, Mariana ya era una chica de fiestas. Se juntaba con Juli y Carlita y les decían a sus padres que irían a una pijamada a la casa de la otra, y todas se escapaban a fiestas. Fue en una de esas, que sentadas en el piso, jugando a la botella, le tocó el Xavi. Había soñado con ese momento desde hace meses, y sus amigas se habían asegurado que la botella gire a su favor. Los

dos jóvenes se metieron a la cocina, en un impulso vergonzoso para que los demás no los vean, pero aun así no estaban a salvo de esas miradas morbosas, expectantes de verlos hacer lo que todos querían.

Xavier se había convertido en el chico popular porque siempre festejó sus cumpleaños en la escuela, llevando torta y sorpresas para todos los niños, y porque usaba brackets, tenía el cabello más claro que los demás y pasaba en cursos de piano, inglés y natación.

—Si no quieres, no hacemos nada Xavi le susurró, metiéndole un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No, sí. Hagámoslo. - Su voz le salió temblorosa. Tenía la garganta seca, las manos sudorosas, las piernas tímidas. Sentía un calor extremo en las mejillas, y le latían partes que no conocía de su cuerpo. Mariana les había prometido a sus amigas que lo haría por las tres.

El Xavi se le acercó, mirando a los demás, como rogándoles que se vayan, que no los vean, porque no sabían exactamente lo que hacían, y la chica, que había visto muchas escenas de besos en películas, esperaba los juegos pirotécnicos y el campo de rosas a su alrededor. Y obviamente eso no pasó. El Xavi la besó con una fuera torpe, golpeando sus dientes, dejándole baba, chupando sin delicadeza. Incluso tarzán besó mejor a Úrsula en *George de la selva*, sin embargo, la brutalidad del beso no fue motivo suficiente para que Mariana escuche a la razón de su cuerpo y siguió viéndose con el Xavi, tal vez le faltaba la práctica y necesitaba un curso de cómo aprender a besar. Por lo que decidió que eso no importaba y salieron.

La relación de Mariana no marcó una diferencia transcendental en su vida, pero sí en la de su hermano. Tomás siempre era una sombra, un reflejo en la pantalla apagada de la tv, acercando su hocico, como un animal en celo. Para Mariana, su hermano se había convertido en un extraño con el que compartía momentos en la mesa, en el carro para ir al colegio, en las misas obligadas de los domingos.

Santo Tomás, como le decía, se había recluso en el monasterio de su cuarto, viendo películas lúgubres, de cine independiente experimental europeo, descubriendo y entregándose a nuevas religiones, y teniendo como biblia principal *Flores en el ático*. Quería hacer la versión real de Cathy y Christopher, ignorar su hermandad y dejarse fundir en la pasión pecaminosa. Pero Tomás no era como su héroe literario, él nunca encontraría coraje en su ser para forzar su virilidad en su

hermana, y Mariana nunca ha estado tentada ni obligada por las circunstancias. Ella nació como una niña de bien y él era el gemelo podrido. Pensaba en sí mismo como una cebolla llena de capas sucias y rancias que se botaban para llegar a la parte buena, a ese centro donde él contenía ese amor incestuoso que no sabía bien, que haría llorar a sus padres.

La irrupción en su ritual sólo se daba cuando su hermana llevaba a casa al novio, y Tomás lo analizaba todo microscópicamente: el Xavi era un bicho que infectaba su ecosistema, y odiaba que la presa que estaba en juego, era su hermana; Mariana era la pelotita en la guerra campal imaginaria de Tomás.

En varias ocasiones, él intentaba acercarse a su hermana, retomar los viejos hábitos. Ser el papá y la mamá de nuevo, pero la misma vitalidad que tenía para ser culto, la tenía para retener esos impulsos desmedidos. Y mientras más crecía su deseo, más se metía en la academia, como en un afán de encontrar cura a lo que pasaba en su mente.

Nunca podría estar con Mariana.

Por su parte, no pasó mucho para que Mariana se desencante del Xavi; y ya llevaba semanas conociendo gente en línea, cuando encontró a Francisco, un estudiante de la estatal que, por casualidades, vivía en el centro, cerca de su colegio. Conversaron por un mes hasta su primera cita, que fue directamente en un hotel, más allá del centro. Mariana sentía ese familiar palpitar en el centro de sus piernas, que había descubierto que para calmar la ansiedad de su habitación, bastaba con meterse dos dedos y cubrirse la boca con una almohada.

Francisco y sus veintidós años de experiencia, devoraron el cuerpo inexperto de Mariana. La engatusaba con sus estudios de Literatura, y le regaba versos en toda su piel, en sus senos, en sus labios húmedos con sabor a su pene. El calor del centro se mezclaba con el calor de sus sexos, y así como se desnudaron, se volvieron a vestir y caminaron con disimulo fuera del hotel.

Mariana comenzó su segunda relación en la virtualidad, asumiendo su celular como un nuevo miembro, el más vital, el que se acercaba a Francisco. Su cuerpo se había acostumbrado a esos amores de a ratos, prematuros de la precocidad del Xavi, e incluso de Francisco, que satisfacía más sus impulsividades que la de ella; por eso le gustaba más cuando él le escribía, cuando se tomaba su tiempo en crear con su imaginación el escenario perfecto para que ella disfrute e implosione las pasiones de su ser. Los mensajes calientes eran su nuevo juego favorito.

—Imagínate que estoy contigo y te invito a bailar, con las luces están apagadas, y nos iluminamos sólo con velas. Así puedo ver tu piel cálida, tornándose provocativa. Te agarro de la cintura y tú te aferras a mí, porque no sabes bailar, por lo que deslizas tu cuerpo imitando el mío.

Mientras leía, Mariana se ponía cómoda, dejando su cuarto en oscuridad y cerrando la puerta. Se mensajeaban con apremio.

—Bueno... mientras bailamos me besas el cuello. Son besos tímidos, delicados. Como si fuera la primera vez que esos ramos de pieles se conocen. Y luego me besas los labios de manera casta, como me gusta: besitos cortos, un mordisco por aquí, un mordisco por allá, y luego me entierras la lengua.

—¿En la boca?

—Luego en otros lados, también.

—Bacán, ¿y mientras te beso, tengo permiso de tocar?

—¿Dónde?

—Primero abajo. Te alzo la falda del vestido y cruzo las fronteras de algodón que cubre un tesoro jugoso. Puedo sentir el sudor en tu entrepierna. Ay, te quiero tocar de verdad. Quiero sentir como mis dedos se escurren, succionados. Entrando y saliendo. Pero la mejor parte es como te tragas los gemidos, porque, así como te torturo con los dedos, te torturo con mi lengua.

Poco a poco, la ropa comenzaba a estorbarle y deseaba que Francisco esté con ella, en su cuarto, metida en todos sus recovecos.

—¿Ya estás mojada?

—¿Tú qué crees?

—Enséñame.

—Todavía no. Sígueme tocando.

Odiaba la impaciencia que le mostraba incluso en el sexo virtual.

—Ok. Te saco el vestido, despacio. El roce de la tela contra tu piel es obsceno, se encienden ciudades enteras al ver la candidez de tu desnudes, de tus pechos cayendo como dos globos

perfectamente rellenos. Tu piel se pone cada vez más roja y tus pezones resaltan, como otros ojos observándome, erguidos, invitándome a devorarlos. Me meto uno a la boca y te pellizco el otro. Sabes delicioso, tus poros enteros exudan sexo.

—Te quiero agarrar del cabello.

—Agárrame del cabello, hazme lo que quieras.

—Te tiro sobre la cama y me trepo encima. Te quito la camisa y te beso la explanada del pecho y el abdomen. Y me muevo sobre ti, tratando de unir mi centro con el tuyo, a través de la ropa que separa nuestras fuentes del placer. Me retuerzo de arriba abajo, mientras me meto tu pulgar en la boca y lo absorbo entero, mordiendo la punta.

—Ay, mi dios, cómo me torturas. Déjame verte, ahora sí.

—¿Qué quieres ver?

—Todo, quiero verte enterita.

La chica desnuda la parte superior de su torso y se toma un par de fotos que van directo a los ojos de Francisco.

—Eres exquisita. Tienes los senos muy apetitosos, me encantaría poder estar ahí y besarlos.

—Jajaja. Ahora te quito los pantalones, dejo todo al descubierto, abro mi boca lo más que puedo y me clavo en tu pene hasta sentir que mi garganta no cede más. Hasta que decido cambiar una abertura por otra.

—¿Sí?

—Sí.

—Nosotros estamos complacidos de recibirte.

—Me despliego, humedecida por el rocío de la excitación, y te prendo de mi perla preciada, de mi aurora corpórea, rozando, provocando antes del ataque. El roce es mecánico, metódico, pero sutil; el roce de las carnes es familiar, se reconocen sin prisa, disfrutando el camino del encuentro. Te sientas y tu ancla llega más profundo.

—Comienza a moverte. Sube y sale por completo, y luego deslízate, déjate caer con suavidad, aterriza en mí. Penétrate sola.

Mientras Mariana se removía con sus propios toques, la puerta de su cuarto se abrió de manera imperceptible.

Tomás llevaba rato observando cómo su hermana metía sus dedos entre sus piernas y se tocaba, los gemidos que emitía eran leves, pero detonaban en sus oídos como bombas atómicas, que provocaba una gran erección. Se desabotonó el pantalón, se los bajó de un solo tirón, junto con los calzoncillos y comenzó a masturbarse, junto a ella, a la distancia.

Era la primera vez, en mucho tiempo, que hacían algo juntos.

Se imaginaba cómo se vería con el vestido rojo de su madre, ajustándose, ahora sí, a las curvas sus senos y cadera, y sobre los viejos peluches de Mickey, Pucca y Winnie, le rezaría a Christopher Dollanganger, antes de encarnarse en su Mariana.

Los gemidos de Tomás no fueron discretos, eran improperios guturales que alertaron y perturbaron a Mariana, quien sintió el candor de su cuerpo escurrirse de un solo golpe, confundida de ver a su hermano como una sombra decrepita en medio del pasillo. Se tapó con la sabana y corrió a cerrarle la puerta en la cara.

Santo Tomás era un perverso.